604:8

LAZARO,

ó

EL PASTOR DE FLORENCIA.

Drama en cinco actos y en prosa,

ESCRITO EN FRANCÉS

por Mr. Bouchardy, José, 1810-1852

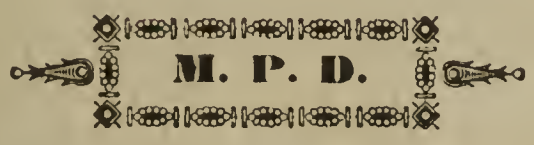
Ink

Autor del Campanero de San Pablo,

Y TRADUCIDO

POR DON ISIDORO GIL.

Este drama ha sido aprobado para su representacion por la Junta de censura de los teatros del Reino en 19 de Abril de 1850.



MADRID.

IMPRENTA DE POLICARPO LOPEZ.
Cava-Baja, n.° 19, bajo.
Marzo 1875.

PERSONAS.

COSME DE MÉDICIS (55 *años*).

RAFAEL SALVIATI, *bajo el nombre de Lázaro el pastor* (25 *años*).

JULIAN SALVIATI, *bajo el nombre de Silvio* (22 *años*).

JUDAEL DE MÉDICIS, *bajo el nombre de Rodolfo* (30 *años*).

RUGIERO.

MATEO, *labrador* (30 *años*).

JACOBO, *tabernero*.

BAUTISTA, *esbirro*.

LANDINI.

UN CAPITAN DE GUARDIAS.

UN ESBIRRO.

LA DUQUESA ADELAIDA PAZZI (20 *años*).

Arqueros. Guardias de familia. Pastores y labradores.

La accion pasa en 1440, á dos leguas de Florencia.

Esta drama pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad en el todo de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

PRÓLOGO.

Una taberna situada en la estremidad de la aldea de Fiesole, á dos leguas de Florencia. En el foro dos puertas que dejan ver dos caminos opuestos; en el trozo de pared que separa las dos puertas habrá un aparador elevado sobre tres escalones. Puertecilla lateral á la izquierda; en la derecha del foro y sobre un tabique oblícuo otra puerta grande con relieves que da á una capilla; esta puerta deja ver al abrirse molduras, estátuas de santos, cristales de colores, etc. La capilla comunica con lo esterior.

Nota. Siempre que se diga derecha ó izquierda se entenderá ser la del actor. Cuando en el prólogo se designe la puerta de la derecha ó de la izquierda del foro, equivaldrá á decir la de la derecha ó izquierda del aparador apoyado en la pared que separa á ambas.

ESCENA PRIMERA.

SILVIO. MATEO. PASTORES Y SEGADORES.

(*Al levantarse el telon, la taberna está llena de pastores y campesinos; unos duermen tumbados en el suelo ó encima de bancos; otros juegan á los dados sentados al rededor de una mesa en el foro. En primer término y cerca de otra mesa, estará sentado en un escaño Silvio el labrador; Mateo, compañero sugo, estará en pie á su lado; ambos hablan en voz baja y los demás fingen no hacer alto en su conversacion.*)

Silvio. Conque es decir que has pasado casi toda la noche velando al lado de nuestros hijos, buen Mateo?

Mateo. Sí, el ruido de la tormenta les habia quitado el sueño; pero los dos volvieron á dormirse como dos angelitos, luego que el tiempo empezó á serenarse al despuntar el dia.

Silvio. Amigo, te doy las gracias por el esmero con que cuidas de mi tierno Rugiero... gracias tambien por tu constante sigilo.

Mateo. Esas gracias están demás, Silvio; si cuido á tu hijo con esmero, es porque soy deudor tuyo en ese punto, y aun mi sigilo no puede decirse que es virtud.

Silvio. Sí, Mateo, virtud es el silencio de un hombre que consiente en cuidar de una criatura sin haber hecho jamás una pregunta á su reservado padre.— Tú no sabes quién soy: me has conocido tan pronto de viajero, como de capitan, y aun hace dos dias que he venido á pedirte un vestido de pastor, el cual me has dado sin que te haya detenido ninguna reflexion, ni amedrantado ningun riesgo.

Mateo. (*Interrumpiéndole.*) Verdad es; pero acuérdate, Silvio, del dia en que la caudalosa corriente del Arno arrastró una barca que estaba atracada en la orilla, é iba á estrellarla contra las ruedas de un molino; en aquella barca dormia una niña de tierna edad, era mi hija; tú pasabas á caballo por la ribera, y viendo el peligro que corria la niña, saltaste al punto del caballo y te arrojaste al agua para salvarla sin pararte á reflexionar si el padre era soldado, capitan ó viajero.

Silvio. En aquella ocasion llevaba yo tambien en mis brazos un niño de pocos años, el cual dejé en la orilla para salvar á tu hija, y cuando te vi venir hácia mí y arrojarte á mis pies enagenado de alegría y agradecimiento, te pregunté si querias encargarte de aquel niño cuya custodia iba á encomendar al capellan del priorato.

Mateo. Dios ha hecho bien en reunirnos, Silvio!

Silvio. Sí, la providencia es generosa, pues permite que dos hombres honrados se encuentren en un mismo camino. Adios, buen Mateo.

Mateo. Hasta la vista, Silvio; (*Despues de darle la mano.*) nos volveremos á ver en el campo.

Silvio. Sí, hasta luego. (*Dirígense hablando hácia el foro.*)

Silvio. (*Viendo venir gente por el camino.*) Qué gente es esa que viene hácia aquí?

Mateo. Es Jacobo el tabernero acompañado de Lázaro el pastor y un soldado.

Silvio. (*Ap.*) Lázaro!

Mateo. (*Marchándose.*) Hasta despues. (*Vase. Silvio vuelve á sentarse. Salen por la puerta de la izquierda del aparador, Lázaro, Jacobo, y el esbirro Bautista.*)

ESCENA II.

SILVIO. LÁZARO. BAUTISTA. JACOBO. PASTORES Y CAMPESINOS.

Jacobo. (*Saliendo.*) Buenos dias, amigos.

Algunos pastores. Buenos dias, Jacobo.

Jacobo. (*A Bautista.*) Bautista, aquí tienes mi taberna, muy frecuentada como ves, á esta hora sobre todo, que es la de la siesta... los campesinos la llaman la taberna de Santa María.

Bautista. De Santa María!

Jacobo. (*Señalándo á la capilla.*) Sí, por esa capilla que tiene al lado.

Bautista. (*Mirando la capilla.*) Una capilla al lado de una taberna!

Jacobo. Sí; el que hizo construir la capilla pensó solamente en edificar un lugar de asilo y recogimiento para los pastores de este valle; pero sus herederos la han convertido en taberna para sacar de ella mas provecho. (*Yendo á tomar un jarro de vino del aparador, y poniendo tres vasos sobre la mesa que habrá en la izquierda del proscenio.*) Ea! camarada, sentémonos y echemos un trago... hace tiempo que no hemos tenido el gusto de beber juntos. (*A Lázaro que se ha quedado en el foro.*) Vamos, Lázaro, aquí te está esperando el vaso.

Lázaro. Gracias!

Jacobo. No quieres refrescarte la garganta?

Lázaro. No acostumbro á beber á estas horas.

Jacobo. Como quieras... pero siento que no nos acompañes.—Has de saber, Bautista, que Lázaro es uno

de aquellos hombres á quienes no se puede olvidar nunca.—Una de las noches pasadas empiné el codo mas de lo regular, y tuve la desgracia de quedarme dormido en el camino, al borde de un precipicio, en el cual irremisiblemente hubiera caido al menor movimiento, si Lázaro no me hubiese apartado de allí. Por lo mismo le dije aquel dia, despues de pasado el susto, lo que le repito ahora: «Lázaro, soy Jacobo el veneciano y me precio de agradecido... sea de dia ó de noche siempre encontrarás en mi taberna un rincon donde descansar, vino para fortalecer y la capilla de santa María para rezar tus oraciones.»

Lázaro. Dios te lo pague, Jacobo; quizás algun dia te recuerde esa promesa.

Jacobo. Cuando gustes, Lázaro... Ahora, sentémonos nosotros, Bautista, y despachemos nuestro asunto. (*Siéntanse en la mesa del proscenio. Lázaro se encamina maquinalmente á mirar el grupo de pastores que juegan á los dados.— Al lado de la mesa, en el primer bastidor de la izquierda habrá unas tablas y encima de ellas jarros y vasos colocados por órden; de una de las tablas es de donde Jacobo toma el vino que da á Bautista y despues á Rodolfo; el vino que presenta á Rodolfo deberá estar eu un frasco de vidrio claro.*)

Bautista. (*Brindando.*) A tu salud, Jacobo!

Jacobo. A la tuya, Bautista; (*Beben.*) cuéntame, qué hay de nuevo por Florencia? Han preso otra vez á Médicis?

Bautista. No; pero siguen haciéndose las mayores pesquisas para descubrir su paradero y el de algunos de los suyos.

Jacobo. Pues yo creo que eso es sumamente fácil; no hay mas que interrogar á los que se han sublevado por Cosme de Médicis, ó mejor dicho, á los que le vendieron su brazo y espadas.

Lázaro. (*Levantando la voz.*) Los sublevados no se vendieron á los Médicis.

Jacobo. Yo digo lo que dicen, no es verdad?

Bautista. (*Levantándose.*) Tiene razon ese pastor: los sublevados no se vendieron, y el manifiesto que ha

publicado Antonio de Médicis, hermano de Cosme, no deja duda acerca de ese suceso, cuyos pormenores sabe ya todo Florencia.

Jacobo. (*Levantándose.*) Los sabes tú, Bautista?

Bautista. Los sé mal.

Lázaro. (*Acercándose.*) Yo sé bien esa historia, y os la contaré si quereis.

Jacobo. Con mucho gusto... escuchad, chicos. (*Los jugadores dejan el juego; los demás se acercan. Todos escuchan.*)

Lázaro. Hace quince años, dice el manifiesto prohibido de Antonio, Cosme de Médicis, propietario ya de un gran número de tierras y pastos, llegó á casa de Salviati, uno de sus labradores, que acababa de espirar... al lado del cadáver del padre halló cinco huérfanos infelices, cinco hermanos, de los cuales el mayor apenas contaba diez años. Cosme mandó dar sepultura al padre, ató á su caballo los dos niños menores, dió las riendas al mayor, y cogiendo los otros dos de la mano, echó á andar con los pobres niños, que iban anegados en llanto. Despues de tres horas de camino, llegaron á una casa que se llamaba Asilo de la patria: Cosme hizo entrar en ella á los huérfanos, y dirigiéndose al principal de la casa, le dijo: Aquí os traigo cinco desgraciados, cinco hermanos; la fatiga y el trabajo han acabado con su padre; enseñadles el oficio de las armas. Pidiéronle quinientos zequíes por su educacion militar; Cosme pagó, abrazó á los niños, y se separó de ellos diciéndoles: «Pobres criaturas, esperanza y valor.»—Quince años despues, los hijos del labrador eran hombres; y todos cinco servian en clase de oficiales en los regimientos que hacian la guerra en Toscana, cuando Cosme de Médicis fué preso en Florencia como monopolista, por la nobleza, que temia su futura grandeza. Los nobles, que habian resuelto su muerte y querian evitar que se le formase causa públicamente, por si tal vez podia probar su inocencia, resolvieron en un consejo secreto celebrado en el palacio Pazzi, que Cosme de Médicis fuese conducido de noche al palacio, y en él fuese juzgado, sentenciado y muerto ocultamente. Empero uno de los

hermanos Salviati averiguó no se sabe cómo la deliberacion del consejo, escribió á sus cuatro hermanos, y á la noche siguiente, cuando los cinco jóvenes atravesaban en silencio la ciudad, descubrieron á lo lejos desde el puente de los Plateros la luz de unas antorchas, y á su reflejo vieron unos cincuenta ginetes que cabalgaban al paso, llevando tras de ellos el carruaje donde iba Cosme al palacio escoltado por treinta arqueros. Todos cinco se miraron en silencio, se comprendieron y se replegaron en la oscuridad, todos cinco se abrazaron con ternura y desenvainaron sus espadas.—Luego que el siniestro acompañamiento llegó cerca de ellos, hizo una señal el mayor y todos cinco se lanzaron como un solo hombre y cerraron con los soldados aterrados. Entonces empezó una horrible carnicería... apagáronse las teas, y á favor de la confusion lograron los jóvenes proteger la evasion de Cosme de Médicis. Al dia siguiente se hallaron entre los cadáveres los tres hermanos menores de los Salviati, muertos al pie de sus caballos... pero los huérfanos consiguieron salvar al que les habia servido de padre.

Jacobo. Y qué se han hecho los mayores?

Lázaro. No ha podido encontrarse rastro ni traza de ellos, y el manifiesto de Antonio dice que huyeron de Toscana.

Jacobo. Los Salviati se portaron como unos valientes.

Bautista. Por esa razon el pueblo de Florencia los compadece y los admira.

Jacobo. Y son bastante numerosas las familias de los Médicis para tomar su defensa?

Bautista. No, ninguno de ellos tiene mujer ni hijos.

Jacobo. Pues yo, si no me engaño, he oido hablar en otro tiempo de un primo suyo.

Lázaro. Sí; Judael, que es, en efecto, de la familia, y el cual mereció algun tiempo su confianza; pero tuvieron que echarle de su lado por ladron.

Jacobo. Judael! y qué se ha hecho ese Judas?

Lázaro. Dicen que ha muerto. (*Encamínase de nuevo á hablar con los pastores, que vuelven á sus puestos.*)

Jacobo. (*A Bautista confidencialmente.*) Esa sublevacion

de los Médicis ha debido traerte grandes provechos, Bautista?

Bautista. (*Id.*) Todavía no, pero estoy encargado en el dia de una comision que tiene algo que ver con ese asunto, y para la ejecucion de la cual necesito que me des algunos informes.

Jacobo. Estoy para servirte.

Bautista. El duque Pazzi me ha mandado á llamar esta mañana, y me ha dicho: Corre á Fiesole; averigua la casa de un labrador llamado Mateo; entra furtivamente en ella y róbale con la mayor cautela un niño que tiene con él; cuando me presentes el niño recibirás una buena recompensa.

Jacobo. Hola!

Bautista. Conoces tú á ese Mateo?

Jacobo. Perfectamente.

Bautista. Dónde vive?

Jacobo. A lo último del pueblo.

Bautista. Me enseñarás el camino.

Jacobo. Te pondré delante de la puerta.

Bautista. Pero no muy tarde, entiendes?

Jacobo. Ahora mismo si quieres.

Bautista. Con mucho gusto.

Jacobo. (*A los pastores.*) Eh, muchachos! parece que las noticias de Florencia os dan que hablar hoy mas de lo regular, pues habeis olvidado que la hora de la siesta ha pasado hace rato?—Vamos, arriba, y manos á la obra. (*Los pastores y labradores toman sus útiles y echan á andar. A Bautista.*) Ven, Bautista.

Bautista. Andando. (*Vanse todos, excepto Lázaro y Silvio.*)

ESCENA III.

LÁZARO. SILVIO.

Lázaro. (*Alargando la mano á Silvio.*) Ya lo ves, hermano, al menos nos hacen justicia.

Silvio. (*Dándole la suya.*) Sí, hermano mio; y Cosme de Médicis, á quien aguardamos ayer inútilmente en la granja inmediata, vendrá tal vez hoy á ella antes de que oscurezca.

Lázaro. Si no viene hoy, será preciso ponernos en camino mañana, Julian; tú, disfrazado con ese traje de labrador, y yo con este que me ha facilitado el pastor Mateo.

Silvio. (*Con tristeza.*) Ponernos en camino!... huir!... perdona, hermano mio, si pienso en mi hijo, y en Adelaida, su madre.

Lázaro. Reflexiona, Julian, que su madre es la hija del duque Vital Pazzi, nuestro mas poderoso y mortal enemigo; pensar siquiera en verla seria olvidar que una imprudencia puede perderla tambien.

Silvio. Tienes razon; debemos desaparecer de Florencia, donde nuestros pobres hermanos han muerto como rebeldes.

Lázaro. No, hermano, han muerto como héroes.

Silvio. (*Apoyándose con ademan de dolor sobre Lázaro.*) Y ni aun hemos podido darles sepultura. (*Quédanse en silencio durante algunos momentos en la misma actitud.*)

ESCENA IV.

DICHOS. ADELAIDA.

Adelaida. (*Pálida, fuera de sí, y rebozada con un manto de terciopelo, sale dirigiendo á todas partes miradas inquietas.*) Sí, esta debe ser la taberna de Santa María! (*Reparando en los que están en la esquina.*) Allí veo gente. No hay que perder tiempo... Preguntaré á estos hombres si pueden decirme dónde se halla Silvio el labrador.

Lázaro. (*Reparando en ella.*) Quién es esta mujer?

Silvio. (*Mirando.*) Adelaida!

Adelaida. Julian! es él!

Silvio. Tú aquí! y nuestro hijo?...

Adelaida. Es preciso sacarle de este pueblo al instante mismo.

Silvio. Por qué?

Adelaida. Silencio! (*Señalando á Lázaro.*) ese hombre nos escucha.

Silvio. Es mi hermano Rafael.

Lázaro. (*A Adelaida.*) Esposa ó amada de mi hermano, la bendicion del cielo te acompañe, hermana mia... Dínos qué peligros son los que te amenazan.

Adelaida. He descubierto que unos soldados han recibido órdenes del supremo consejo para buscar á nuestro hijo en esta aldea.

Lázaro. Es preciso hacer que desaparezca al punto.

Adelaida. Sin la menor dilacion, porque ya han salido en su busca, y de la vida de ese ángel depende la de todos vosotros.

Lázaro. Confiad ese asunto á mi cuidado, hermana mia; yo evitaré que le descubran. (*Va á encaminarse á la puerta.*)

Adelaida. Ah! yo quiero acompañaros.

Lázaro. No, deteneos; vuestra presencia podrá perjudicarnos.

Silvio. Y dónde piensas ocultarle, Rafael?

Lázaro. (*Deteniéndose.*) En el monasterio situado á tres leguas de aqui... en él aguardaré hasta que vayas, ó envies noticias diciéndome lo que quieres hacer... Dios os dicte su prudencia y os aconseje á los dos... Los soldados buscarán en vano á vuestro hijo; allí os aguardo.

Adelaida. El cielo os guie, Rafael.

Lázaro. El me protegerá, hermana mia! (*Vase por la puerta de la izquierda del foro.*)

ESCENA V.

JULIAN. ADELAIDA.

Julian. Nuestro hijo se ha salvado! Pero dime ahora lo que sabes; dáte prisa.

Adelaida. Te acuerdas de aquel oscuro pasadizo donde escuchaste escondido la deliberacion del consejo secreto que sentenció á Médicis?

Julian. Sí.

Adelaida. Esta mañana hubo tambien reunion en el palacio de mi padre, y llena de zozobra por tí ocupé tu lugar en aquel sitio y escuché: supe que habian registrado minuciosamente la casa que habitabas en Florencia.

Silvio. (*De pronto.*) Ah! no temas; destruí de antemano todas las pruebas de nuestro amor.

Adelaida. (*Con viveza.*) No han descubierto nuestro

amor... pero han hallado una carta que te escribió desde aquí Mateo el labrador, y en la cual te hablaba de tu hijo.

Julian. Y qué han hecho?

Adelaida. Como temen que los Salviati no conciten al pueblo á que se subleve, aprovechándose del entusiasmo que en el dia hay por ellos, han concebido el proyecto de apoderarse de tu hijo, con el fin de amenazarte con su muerte si dentro de poco no te entregas á discrecion del consejo; en seguida hicieron comparecer á Bautista el esbirro, y le encargaron que robase nuestro hijo; pero cuando se marchó el esbirro ya habia salido yo en busca de mi hijo; llegué á este pueblo, pregunté... hallé la casa y llamé repetidas veces á la puerta; pero no pude lograr que abriesen.—Miré entonces por una ventana baja y mal cerrada, y vi á mi hijo dormido en su cuna. Pensé volverme loca de alegría, y no sé lo que hice.—Corrí á buscarte por todas partes, y entré aquí guiada sin duda por la mano del cielo, pues cuando las fuerzas empezaban á abandonarme he logrado encontraros y deciros: Salvad, salvad á mi pobre hijo!

Julian. (*Estrechándola entre sus brazos.*) Oh! Adelaida, tu amor y tu decision me hacen olvidar todos mis padecimientos.—Pero estás cierta de que no te han seguido?

Adelaida. Sí, mas debemos evitar que me vean en este pueblo... el esbirro Bautista me conoce.

Silvio. Oigo gente. (*Mira hácia el camino.*) Es el esbirro. Ven.

Adelaida. Cómo evitaremos que me vea al pasar?

Silvio. Saliendo por esa capilla... dáte prisa...

Adelaida. Sígueme. (*Vanse por la capilla.*)

ESCENA VI.

JACOBO *y* BAUTISTA, *que vienen por el foro.*

Bautista. Sí, Jacobo, me he introducido en la casa por una ventana baja que parecia que alguno habia dejado abierta expresamente para que yo entrase; pero

por mas que he mirado por todos lados, no he visto mas que una niña dormida; la otra cuna que habia en el cuarto estaba vacía.

Jacobo. Sin duda Mateo se habrá llevado el niño al campo: por qué no vas á verlo?

Bautista. Prefiero aguardar hasta la noche á que se haya retirado la gente de la labor, y confio en que la noche me será mas propicia.

Jacobo. Y qué vas á hacerte en lo que falta de dia?

Bautista. Lo que tú quieras.

Jacobo. Vamos é echar un partido á los dados ?

Bautista. Con sumo gusto. (*Siéntanse á jugar en una mesa de la izquierda del foro. Rodolfo sale por la puerta de la derecha del foro.*)

ESCENA VII.

DICHOS. RODOLFO, *enmascarado.*

Rodolfo. (*Deteniéndose y mirando.*) Sí, no hay duda, aquí es, y uno de esos dos hombres debe ser Jacobo el veneciano, cuya vida he averiguado. (*Yendo á la mesa de la izquierda del proscenio.*) No hay tiempo que perder. (*Dando golpes en la mesa.*) Hola, tabernero, quién sirve aquí? Venga vino... del mejor, del de Siracusa, si tienes...

Jacobo. Sí que tengo, mi dueño. (*Dejando el juego.*)

Rodolfo. Pues pon dos vasos sobre esta mesa.

Jacobo. (*Dándole el vino.*) Aguardais á alguno, señor encubierto?

Rodolfo. No, ese otro vaso es para ti; tengo que hablar contigo confidencialmente.

Jacobo. (*A Bautista.*) Das permiso, Bautista?

Bautista. Haz cuanto gustes. (*Se levanta y empieza á pasearse por la taberna.*)

Jacobo. Qué hay para serviros, amigo?

Rodolfo. No tardarás en adivinarlo cuando te diga que ni ignoro tu decidida pasion por el vino, ni que esa misma pasion ha sido causa de que hayas perdido la confianza de los patricios, y te hayan espulsado de Venecia, donde ejercias la doble profesion de espía y bravo.

Jacobo. (*Maravillado.*) Vos sabeis eso!

Rodolfo. Sí. A tu salud.

Jacobo. (*Brindando.*) A la vuestra.

Rodolfo. Sé tambien que has puesto aquí esta taberna con el poco dinero que te quedaba, esperando que el mejor dia, por estar tu casa próxima al bosque, venga algun marido celoso ó algun heredero impaciente á proporcionarte la ocasion de volver á ejercer en Toscana tu modo de vivir de Venecia.

Jacobo. A dónde quereis venir á parar con tanto rodeo, mi dueño?

Rodolfo. A decirte que un hombre me está estorbando, y que tengo cien zequíes de oro.

Jacobo, Dinero contante?

Rodolfo. No, pero pagaré adelantada la mitad de la suma... y en prueba de ello aquí la teneis...

Jacobo. Me parece que nos arreglaremos. (*Un hombre de unos cincuenta años, vestido con sencillez, entra en la taberna aceleradamente, y se sienta en la mesa de la derecha del proscenio.*)

ESCENA VIII.

DICHOS. COSME.

Cosme. Hola! Tabernero...

Jacobo. (*Sin moverse.*) Allá van, señor mio. El diablo cargue con el importuno. (*A Bautista.*) Bautista, quieres ver qué pide ese forastero? Estoy hablando aquí de un asunto importante.

Bautista. Con mil amores. (*Va hácia Cosme. Rodolfo y Jacobo bajan la voz y hablan con misterio.*)

Cosme. (*A Bautista, que se habrá acercado.*) Decid, amigo, tendríais un mozo de confianza que quisiera encargarse de llevar ahora mismo un recado?

Bautista. Muy lejos?

Cosme. No, media legua escasa.

Bautista. Y será bien pagado?

Cosme. Un zequí.

Bautista. Cáspita! estoy pronto á serviros yo mismo, señor mio; no tengo nada que hacer por esta tarde.

Cosme. (*Mirándole el trage.*) Tú!... eres esbirro... y tus quehaceres?...

Bautista. Hoy estoy de descanso... no gano mas que un zequí por semana, y no quiero desperdiciar la ocasion de ganar otro tanto en una hora.

Cosme. Bien: aguarda. (*Escribe.*)

Rodolfo. (*A Jacobo, levantándose.*) Te has enterado?

Jacobo. Perfectamente. En el primer sendero del bosque, un hombre de cuarenta años, embozado en una capa parda.

Rodolfo. Te acuerdas de las dos palabras que debes decirle?

Jacobo. Florencia y Venecia.

Rodolfo. Al oir esas dos palabras, se parará á escucharte.

Jacobo. Bueno.

Rodolfo. Estás seguro de que la punta de tu puñal no se ha enmohecido en el año que has dejado de servirte de él?

Jacobo. Antes de una hora os daré la prueba. (*Detèniendo á Rodolfo, que va á marcharse.*) Una palabra.

Rodolfo. Qué quieres?

Jacobo. Dónde os encontraré para la cantidad restante?

Rodolfo. Aquí.

Jacobo. Bien está: hasta dentro de una hora.

Rodolfo. Sí. (*Ap.*) Ahora busquemos á Cosme de Médicis, que debe hallarse en este pueblo. (*Vase. Jacobo se queda pensativo en el foro.*)

Cosme. (*A Bautista, despues de haberle hecho seña para que se aproxime.*) Ven: toma esta esquela, y encamínate hácia el primer sendero del bosque; estando allí verás pasar á un hombre de cuarenta años, embozado en una capa parda; le dirás estas palabras: Florencia y Venecia! Se parará á escucharte, le entregarás la esquela, y te dará el zequí que te he ofrecido.

Bautista. Bien.

Cosme. (*Levántandose.*) Echa á andar sin tardanza.

Bautista. Al instante.

Cosme. (*Designando un camino.*) Vá este camino á la granja?

Bautista. Sí, señor. (*Señalando á la capilla.*) Pero atravesando por la capilla llegareis mas pronto.

Cosme. Gracias. (*Vase por la capilla.*)

Bautista. (*A Jacobo.*) No podemos seguir jugando á los dados, Jacobo, tengo que hacer un encargo.

Jacobo. Y yo tambien voy á salir.

Bautista. Ahora mismo?

Jacobo. Sí.

Bautista. Qué camino llevas?

Jacobo. El del bosque.

Bautista. Y yo tambien.

Jacobo. Mejor; así haremos el camino juntos. (*Se ponen los sombreros y echan á andar.*)

Bautista. (*Cerca de la puerta.*) No te acompaño mas que hasta el primer sendero.

Jacobo. Allí es precisamente donde yo tengo que detenerme.

Bautista. Y yo; voy á esperar á un hombre de capa parda, al cual...

Jacobo. (*Interrumpiéndole.*) Pues yo tambien.

Bautista. Será el mismo?

Jacobo. Te han dado otras señas para que le conozcas, Bautista?

Bautista. Sí, su edad, y dos palabras que debo dirigirle.

Jocobo. Florencia y Venecia, no es eso?

Bautista. Las mismas.

Jacobo. Y para qué te envian en busca de ese hombre?

Bautista. Para entregarle esta carta. Y á tí?

Jacobo. Para matarle!

Bautista. (*Asombrado.*) Para matarle!

Jacobo. Es cosa singular!... Bautista, es inútil que lleves esa carta á un hombre que va á morir... mejor será que la leamos, y así tal vez descubriremos algun secreto que nos valga mas.

Bautista. En efecto, hagámoslo así... Sabes tú leer?

Jacobo Trae. (*Abre la carta, y lee.*) «No conozco al hombre que te lleva esta carta... me veo en la precision de ser imprudente; pero confio en la divina providencia... Es preciso renunciar á nuestros proyectos, hermano mio... la nobleza ha puesto á precio nuestras cabezas; vuelve á tomar el camino de Florencia; la suerte de las armas podrá únicamente preservar esta noche nuestras vidas... Yo me dirijo

á la granja, para indagar el paradero de los dos hermanos Salviati. Ya sabes que la cita es en Florencia Esperanza y valor.» Calla! pues esto está claro; son los Médicis!

Bautista. En efecto, corramos á entregarlos.

Jocobo. No, Bautista, entregarlos no... el consejo tiene miedo, y nos pagará mejor su muerte que una mera delacion.

Bautista. Dices bien.

Jacobo. Eh! eh! Señor mio, queríais sacar el ascua con mano agena, y aprovecharos despues de mi trabajo: os engañásteis á fé mia; hemos de volvernos á ver, y os juro que me habeis de pagar mas de cien zequíes por la vida de un Médicis.

Bautista. La granja donde Cosme de Médicis debe esconderse, es sin duda la misma adonde se ha dirijido al salir de aquí... Voy corriendo á avisar á los arqueros del pueblo para que me ayuden á dar fin de él.

Jacobo. Sí, harás bien, Bautista, porque quizás no esté solo... es preciso acometerle sin tardanza.

Bautista. Un Médicis para cada uno, compañero... Por Cristo! no todos los dias se presentan gangas como esta. Al bosque, Jacobo.

Jacobo. Y tú á buscar á los soldados... la noche se nos viene encima... ánimo y buena dicha. (*Vase Jacobo por la puertecilla lateral de la izquierda.*)

Bautista. Lo mismo te deseo. Ea, corramos en busca de los arqueros. (*Va á marcharse por la derecha del foro, y se encuentra con Silvio.*)

ESCENA IX.

BAUTISTA. SILVIO.

Silvio. (*Saliendo con ligereza por la puerta de la derecha del foro.*) Perdonad, amigo; habeis visto por aqui á Mateo el labrador?

Bautista. No le he visto. (*Vase.*)

Silvio. Tampoco le he hallado en el campo, y Médicis me aguardará impaciente en la granja!... Sin embargo, es preciso que vea antes á Mateo.

ESCENA X.

SILVIO. MATEO.

Mateo. (*Sale precipitadamente y sobresaltado.*) Silvio! te buscaba.

Silvio. (*De pronto.*) Mateo! no temas, sé dónde está mi hijo.

Mateo. (*Dejándose caer en un asiento.*) Oh! gracias, Dios mio.

Silvio. Sí, me han avisado que pensaban arrebatártele.

Mateo. Y te le has llevado?

Silvio. Para entregársele á su madre.

Mateo. A su madre!

Silvio. Escucha, Mateo... Me has dicho muchas veces que si algun dia fuese preciso, no vacilarias en salir de Toscana por salvar á mi hijo Rugiero?

Mateo. Te he dicho mil veces que un labrador puede vivir en todas partes donde haya prados, campos y mieses.

Silvio. Escúchame con atencion, Mateo: esta escarcela contiene el oro suficiente para darte con que vivir algunos meses, en caso de apuro; toma tu hija en brazos, y vé corriendo al monasterio inmediato; allí encontrarás á Lázaro el pastor que te entregará á mi hijo.

Mateo. A Lázaro!

Silvio. Sí; toma en seguida el camino de Nápoles, y así quizás habrás logrado salvar al padre y al hijo.

Mateo. Voy á obedecerte, Silvio.

Silvio. Yo me reuniré contigo en Nápoles dentro de poco, y entonces sabrás quién soy y quién es la madre de Rugiero. Nos volveremos á ver, Mateo.

Mateo. Hágalo el cielo. Adios!

Silvio. Dos palabras.

Mateo. Qué quieres? (*Volviendo.*)

Silvio. Escucha; sin embargo de lo que te he dicho, pudiera suceder que pasase mucho tiempo sin volverte á ver, y no debo ocultarte que la madre de mi hijo es una señora de la primera nobleza; la conocí en Roma, donde estuve dos años; una pobre mujer sirvió de nodriza á mi hijo, y fué la con-

fidenta de nuestros amores; murió á poco tiempo llevándose nuestro secreto al sepulcro, y me vi obligado á venir á Toscana, donde tú pasas por padre de Rugiero. Ahora bien, si alguna vez llega á ser descubierto este secreto, ten presente que una familia noble y poderosa hará los mayores esfuerzos por arrebatarte á mi hijo para quitarle la vida. Ponle á cubierto del encono de los nobles que emplearán cualquier medio para arrancarle de tus manos, aunque sea el de enviarte una mujer que no sea su madre á pedirte de rodillas que la dejes estampar un beso maternal en la frente del niño. Mira, Mateo... aquí llevo una cadena de oro y piedras preciosas que gané en un torneo; su labor esquisita no conoce igual en el mundo: es doble... separaré las dos mitades... toma esta, y no confies mi hijo mas que á la mujer que te presente la otra, porque esa mujer será su madre.

Mateo. (*Tomando la cadena.*) Lo juro, Silvio.

Silvio. Y ahora, corro á la granja donde me aguarda mi padre.

Mateo. Tu padre!

Silvio. Sí, Mateo, se lo dirás á Lázaro para que vuelva cuanto antes. Dame un abrazo, y adios. (*Abrazándose.*)

Mateo. Haga el cielo que nos volvamos á reunir pronto.

Silvio. Sí nos reunirá. Adios. (*Vase corriendo por la capilla.*)

ESCENA XI.

MATEO, *solo.*

Qué misterio! la desaparicion de Rugiero, la historia de su nacimiento, la congoja que se veia pintada en el rostro de Silvio... oh! Señor, vos sabeis que no es curiosidad sino inquietud lo que me hace pensar en este suceso. Sí, Silvio, tú eres sin duda el desdichado amante de una jóven de esas orgullosas y nobles familias que por ocultar la deshonra de su hija harian perecer sin piedad al hijo y al esposo. Pero no temas: su cólera no alcanzará á tu hijo; no, voy á huir con él... Pero por qué estoy aun en este si-

tio?... No sé qué siniestro presentimiento me acosa... Siento una zozobra que me impele á rogar á Dios antes de emprender mi marcha. (*Voces dentro.*) Qué gritos son estos? (*Mirando al foro.*) Los arqueros!... Otro siniestro presagio! Vamos, Mateo, Lázaro te aguarda en el monasterio... Ve á buscar á tu hija... fuiste siempre buen cristiano, Dios no te abandonará. (*Vase por el foro. Oyense fuera las voces de Médicis! Médicis! Cosme sale precipitadamente y en el mayor desórden por la puerta de la capilla; viene con la espada desnuda y rota, y procura esconderse arrimándose á la pared. Ruido dentro; poco despues silencio.*)

ESCENA XII.

COSME, *solo.*

Cesó el ruido de los que me perseguian... habrán tomado por otro lado... Libre otra vez, y salvado tambien por Salviati... (*Ruido dentro.*) Pero sin duda sigue combatiendo él solo. Oh! Dios mio, mi brazo desarmado y rendido será inútil para defenderle... Oh! Salvadle, Señor, salvadle... Ha vuelto á quedar todo en silencio.

Silvio. (*Dentro, y con voz moribunda.*) Rafael! Rafael! (*Aparece ensangrentado y desfallecido.*) Hermano! hermano mio!... no has vuelto aun? (*Escápasele la espada de las manos.*)

ESCENA XIII.

COSME. SILVIO.

Cosme. (*Corriendo á él.*) Julian. (*Le sostiene.*)

Julian. (*Reconociéndole.*) Médicis!... Huid, huid, padre mio. (*Cae hácia atrás.*)

Cosme. (*Encorvándose para socorrerle.*) Dónde te han herido?

Julian. (*Con trabajo.*) En el corazon.

Cosme. Pobre mártir! mueres por mi causa... y no puedo hacer nada por él, Dios mio!

Julian. Sí, padre mio.

Cosme. Qué? habla, por Dios!

Julian. Registradme... en el pecho.

Cosme. (*Hallando la cadena.*) Una cadena!

Julian. (*Esforzándose para enderezarse.*) Una mujer va á quedar deshonrada por mi muerte, sin refugio y sin consuelo.

Cosme. Acaba.

Julian. La direis que solo presentando esa cadena la entregarán su hijo, el cual lleva otra semejante y vivirá en la orfandad si su madre no le socorre.

Cosme. No, Julian, esa mujer no quedará deshonrada; porque te juro que para salvar su honor la daré mi nombre, y la haré mi mujer, si es preciso; te juro que adoptaré á tu hijo y será mi heredero.

Julian. (*Con voz moribunda.*) Gracias, padre mio... (*Vuelve á caer y espira.*)

Cosme. Pero dime el nombre de esa mujer... su nombre, Julian... Muerto! (*Levantándose.*) Oh! yo la descubriré... esta cadena me abrirá camino para hallar á su hijo... y reitero á la faz de Dios el juramento que acabo de hacer... No me abandoneis, Señor, porque ahora mas que nunca necesito vivir para cumplir tan sagrada promesa!... (*Mirando á Julian.*) Qué haré?... huiré dejando esta desgraciada víctima espuesta á la befa de los soldados vencidos por él!... (*Volviéndose hácia la capilla.*) Una capilla!... Oh! Vírgen santa! (*Levantando á Julian.*) Permite que deposite al pie de tu altar al que fué siempre virtuoso y valiente. (*Entrase en la capilla, llevando en sus brazos á Julian. Rodolfo sale por el foro enmascarado siempre y mirando á lo esterior.*)

ESCENA XIV.

RODOLFO. *Poco despues* COSME.

Rodolfo. (*Sale por la derecha del foro y manifiesta estar inquieto.*) La fatalidad persigue á Cosme de Médicis! Cómo habrán descubierto los arqueros el lugar donde estaba escondido? Yo creia ser el solo que tuviese noticia de sus secretos. Le han sorprendido

en la granja, y hubieran dado fin de él á no ser por un defensor que se le ha aparecido de pronto y ha herido á muchos de los soldados! Si le encuentran es muerto sin remedio, y si le matan todos mis proyectos se desvanecen! Cómo dar con él?...

Cosme. (*Saliendo de la capilla y cerrando la puerta.*) Sí, Julian, desde este dia mi nombre y mis riquezas pertenecen á tu mujer y á tu hijo, como tú alma pertenece á Dios. (*Va á salir y se encuentra con Rodolfo.*)

Rodolfo. (*Viéndole.*) Médicis!

Cosme. (*Aterrado.*) Aun mas enemigos! (*Coge la espada de Julian, que se quedó en el suelo.*)

Rodolfo. (*De pronto.*) Suelta esa espada, Médicis; el que está delante de tí no es tu enemigo, sino una persona que quiere salvarte.

Cosme. (*Con sorpresa.*) Salvarme tú... y llevas el uniforme de los Pazzi!

Rodolfo. Sí, porque á favor de este uniforme he podido proporcionarme este salvo-conducto que facilitará tu huida de Toscana. (*Le entrega un papel que llevaba sujeto debajo del cinturon.*)

Cosme. Un salvo-conducto! (*Con desconfianza.*) Y quién me asegura que no es este un lazo que mis enemigos me tienden?

Rodolfo. Si quisiera perderte, no tendria mas que llamar en mi auxilio á los soldados que te buscan, y muy en breve...

Cosme. En efecto. (*Mira el salvo-conducto. Durante este tiempo sale descuidadamente Jacobo por la puertecilla de la izquierda, y se detiene sorprendido al verlos.*)

ESCENA XV.

RODOLFO. COSME. JACOBO.

Rodolfo. Médicis, confia en mí, y huye pronto; no tienes tiempo que perder.

Cosme. Pero quién eres tú que así te interesas por mí?

Rodolfo. Me llaman Rodolfo, el alcaide de los calabozos de Pazzi; pero ese nombre no es el mio.

Cosme. Cuál es, pues?

Rodolfo. El de un hombre que bajo ese nombre supuesto ha sido durante diez años el instigador de todos los crímenes cometidos por los Pazzi, porque presagiaba que algun dia podria servirte de mucho contra tus enemigos. Mi nombre es el de un desgraciado que espera redimir hoy todas sus culpas pasadas, de un hombre que se atreve á solicitar tu perdon.

Cosme. Y te llamas?

Rodolfo (*Quitándose la mascarilla.*) Mírame.

Cosme. (*Admirado.*) Judael!

Rodolfo. Judael, vuestro primo, señor; Judael, á quien hace diez años maldecísteis y echásteis de vuestra casa por un criminal error de que se arrepentirá siempre; Judael, á quien todo el mundo creia muerto, y que hace dos dias os busca para ofreceros la libertad y pediros perdon de rodillas.

Cosme. Yo te perdono, Judael.

Rodolfo. (*Con viveza, y levantándose.*) Oh! gracias, señor; pero huid sin tardanza; los esbirros podrian sorprenderos aquí. (*Ilumínase el foro.*) Mirad, ya han pegado fuego á la granja, y pudieran descubriros á la luz del incendio.

Cosme. Por qué camino huiré?

Jacobo. (*Alzando la voz, y señalando á la puertecilla por donde salió.*) Por aquí, señor Cosme de Médicis!

Judael. (*Aterrado.*) Jacobo!

Cosme. Dios te recompensará esta buena accion, Judael.

Jacobo. (*Sacando á Cosme.*) Por aquí! ese camino está desierto, y la noche muy oscura. No os detengais, y el cielo os guie, señor. (*Cierra la puerta.*)

ESCENA XVI.

JUDAEL. JACOBO.

Judael. (*Ap.*) Nos estaba escuchando.

Jacobo. Bien, por Dios, señor Judael de Médicis. Sabeis hacer el papel perfectamente. Mientras dais muerte á uno de vuestros primos, salvais al otro.

Judael. (*Ap.*) Todo lo sabe.

Jacobo. Mientras el uno perdona y huye, el otro espira y maldice... Parece que os dejais llevar de la predileccion en vuestro cariño de primo... predileccion tanto mas acertada, cuanto que por un efecto de casualidad el primo que salvais es rico, el que habeis mandado matar es su heredero, y no existiendo ya, á vos os corresponde la herencia. Bravamente se han arreglado las cosas.

Judael. (*Inquieto.*) Cómo perderia yo á este hombre?

Jacobo. Y para lograr eso habeis engañado á los Pazzi, engañado á los Médicis, mentido a los unos y vendido á los otros; preciso es confesar, mi dueño, que sois un truhan de cuatro suelas, un bribon como un templo, pero nn bribon con bellísimas disposiciones. Teneis persuasiva, habilidad, atrevimiento y buena suerte... Ira de Dios! Sois hombre que hareis fortuna, y me alegraré mucho de ello... En cuánto pensais comprarme para hacerme callar?

Judael. En cuánto quieres venderte?

Jacobo. Procedamos á mi tasacion. Si el duque Pazzi es vencedor, con solo revelar que sois Judael de Médicis, puedo hacer que os sieguen el pescuezo.

Judael. Silencio, infeliz!

Jacobo. (*Alzando mas la voz.*) Sí, segun vos opinais, y yo opino tambien, Cosme de Médicis llega á vencer y á ser amo algun dia, con solo revelarle que habeis sido el que mandó asesinar á su hermano...

Judael. Calla!

Jacobo. Podré hacer que os corten la cabeza.

Judael. Pero, imprudente, cierra al menos esas puertas; si te oyen, todo el mundo sabrá ese secreto que me quieres vender.

Jacobo. (*Yendo á cerrar las puertas del foro.*) Teneis razon; del enemigo el consejo.

Judael. (*Mientras Jacobo cierra las puertas, y aparte.*) En los grandes males, los grandes remedios!... Aun hay aquí vino... este hombre es un borracho... la noche está muy adelantada... no dejará de echar un trago antes de irse á acostar. (*Vierte el licor de un pomito en el vino que quedó sobre la mesa de la izquierda del proscenio. Enseguida se acerca á Jacobo.*)

Con que lo que tú quieres es hacer un pacto conmigo, no es verdad?

Jacobo. Iba á proponéroslo.

Judael. Escucha: tú posees la mitad de mis secretos, pero quiero confiarte la otra mitad, porque me has servido bien y deseo que me sirvas todavía.

Jacobo. Nos arreglaremos.

Judael. Vóime corriendo á Florencia, donde soy preciso á estas horas por mi destino de alcaide de la cárcel; no quiero que se aperciban de mi ausencia en el palacio de Pazzi: pero llevaré mi caballo á escape á la ida y á la vuelta, y antes de una hora estaré aquí. Espérame solo, y podremos pasar la noche arreglando nuestro plan.

Jacobo. Perfectamente dispuesto. No me pesa tampoco tener delante de mí una hora para reflexionar y meditar bien mis condiciones.

Judael. Hasta dentro de una hora.

Jacobo. Pero no os descuideis en volver; porque me veria obligado á ir hasta el palacio de Pazzi á pedir al alcaide Rodolfo noticias de Judael de Médicis.

Judael. No te haré aguardar... soy el mas interesado en ello. Hasta despues. (*Vase. Jacobo vuelve á cerrar la puerta. Noche completa. Una sola luz que arde delante de una Madona pintada en la tapia de la izquierda, ilumina débilmente la escena.*)

ESCENA XVII.

JACOBO, *solo.*

Famosa noche, por vida mia! pero es preciso acabarla con prudencia... Jacobo, ahora te se presenta una magnífica ocasion de hacer fortuna, si sabes tomar bien tus medidas.—El traidor Judael, de cuyo secreto eres sabedor, va á venir á hablar contigo dentro de una hora. Aunque no es hombre cuyo puñal debes temer, porque siendo traidor y embustero debe de ser cobarde, es, sin embargo, mas peligroso todavia á causa de eso mismo... Reflexionemos la cosa maduramente. (*Vá á sentarse y échase de beber.* Acuérdate de aquella máxima que dice: (*Bebe.*)

Cuando poseyeres un gran secreto, escoge por confidente á un amigo sigiloso y cauto, á fin de poder decir á tu señor: Hay otro que sabe tambien tu secreto; y si me mandais matar el dia de mañana, ese otro le revelará públicamente... Pero, y á quién elegiré por confidente?... á Bautista el esbirro?... quizá haya muerto entre los que han perecido en la granja... A quién otro podré elegir?... (*Llaman á una de las puertas del foro.*) Tan pronto! Aun no ha pasado la hora! no puede ser Judael todavía! (*Acercándose á la ventana.*) Quién llama?

Lázaro. (*Dentro, y con voz desfallecida.*) Lázaro el pastor.

Jacobo. (*Con alegría.*) Lázaro! este es mi hombre. (*Abre.*)

ESCENA XVIII.

LÁZARO. JACOBO.

Lázaro. Me tienes dicho que á cualquier hora me abririas tu puerta.

Jacobo. Dios te guarde, Lázaro.

Lázaro. (*Andando con dificultad.*) Vengo muerto de cansancio. (*Despues de haberse sentado.*) Dios te lo pague.

Jacobo. Quiero no solamente darte asilo, sino hacer tu fortuna.

Lázaro. Dime ante todo: qué es de Cosme de Médicis?

Jacobo. Se ha salvado; por lo que hace á su hermano Antonio, ha muerto.

Lázaro. Muerto! Y Silvio el labrador que se ha batido por defenderlos?

Jacobo. Todo lo que puedo decirte acerca de él, es que le vieron salir de la granja herido y cubierto de sangre.

Lázaro. Adios, Jacobo. (*Levantándose.*)

Jacobo. Dónde vas?

Lázaro. A buscar á Silvio muerto ó vivo.

Jacobo. (*Oponiéndose.*) A tales horas? estás loco?

Lázaro. Déjame.

Jacobo. Pero si apenas te puedes mover.

Lázaro. Es verdad, estoy rendido... (*Vuelve á caer en*

el asiento.) Cuatro leguas en dos horas para llegar tarde!

Jacobo. Qué abatido está!... Lázaro, si la causa de tu afliccion es Médicis, cobra ánimo, porque le volverás á ver... Toma, bebe un poco de vino para fortalecerte.

Lázaro (*Rechazando el vaso.*) Gracias.

Jacobo. (*Insistiendo.*) Brinda conmigo al pronto regreso de Médicis, y á la buena memoria de los hermanos Salviati, que han perecido por él.

Lázaro. Eso sí, Jacobo; trae. (*Levantando el vaso.*) A vuestra grata memoria, valientes jóvenes, muertos en la primavera de la vida por salvar á vuestro bienhechor.

Jacobo. Amen. (*Beben.*) Y ahora quiero contarte los pormenores de la evasion de Cosme, y de la muerte de Antonio. Voy á descubrirte un secreto, Lázaro... Judael de Médicis no ha muerto... es el alcaide de los calabozos de Pazzi, que todos conocen bajo el nombre de Rodolfo.

Lázaro. El infame Judael es Rodolfo!

Jacobo. Sí, él es el que ha hecho asesinar hoy á su primo Antonio... él es.

Lázaro. Acaba.

Jacobo. (*Asustado.*) Ah! Dios mio!

Lázaro. Qué tienes?

Jacobo. (*Arrojando el vino.*) No bebas ese vino, Lázaro... es... es veneno!

Lázaro. Veneno!

Jacobo. Sí, que abrasa y mata... Oh! Judael... Socorro! Ah! Desdichado de mí! Véngame, Lázaro.

Lázaro. (*Sosteniéndole.*) Pero quién ha envenenado ese vino?

Jacobo. Muero á manos de Judael, que me ha pagado la vida de Antonio.

Lázaro. (*Soltándole.*) A tí, infame!

Jacobo. Dios me castiga por ello! Escucha: Judael quiere heredar á Cosme.

Lázaro. Cosme le ha echado de su casa.

Jacobo. Sí, pero acaba de perdonarle. (*Asiéndose de él.*) Lázaro, véngame... véngame... (*Muere.*)

Lázaro. (*Mirándole yerto.*) Oh! Caiga sobre tí la mal-

dicion del cielo, execrable instrumento de Judael... de un Médicis que vendia á los Médicis... mientras que mis hermanos morian bizarramente por ellos, mientras que Julian... Oh! Dios mio! Con tal que no haya perecido en esa horrible pelea... Pero dónde le encontraré? Oh! es preciso que aunque sea arrastrando vaya hasta el lugar del combate... No puedo... mi pecho se abrasa... Oh! no debo temer nada... apenas ha llegado el vino á los labios... y sin embargo... es el cansancio que me tiene próximo á desfallecer... Ah! oigo pasos... Socorro! socorro! (*Déjase caer desfallecido sobre las gradas del aparador. La puerta del foro se abre, y aparece Landini acompañado de cinco esbirros.*)

ESCENA XIX.

LÁZARO. LANDINI. ESBIRROS.

Landini. Ea, chicos, daos prisa á obedecer las órdenes de Rodolfo, nuestro jefe, y despachemos. (*Señalando á Jacobo.*) Aquí le teneis... (*Inclinándose á mirarle.*) Está muerto!

Un esbirro. (*Señalando á Lázaro.*) Señor, y este hombre que está aquí medio desmayado?

Landini. Un hombre! (*Acercándose con prontitud.*) Quién es? (*Reconociéndole.*) Lázaro el pastor! Apoderaos de él, y metedle en un calabozo: Rodolfo decidirá. Ea, daos prisa, antes que raye el dia. (*Dos esbirros se apoderan de Lázaro; los otros acuden al cadáver.*)

Lázaro. (*Aparte y con voz desfallecida.*) Soy perdido.

FIN DEL PROLOGO.

ACTO PRIMERO.

Un salon del palacio de Médicis, en Florencia. En el segundo bastidor de la derecha, puerta lateral que conduce á la cámara de Cosme de Médicis: al otro lado, otra puerta en el mismo sitio, que corresponde á la habitacion de la duquesa. En la derecha del foro, y sobre uno de los planos oblícuos que dán frente al espectador, puerta grande con tapiz, que dá salida á una galería: igual disposicion al lado opuesto. Balcon practicable al foro: á los dos lados del balcon los retratos del duque y la duquesa de Médicis, con su nombre al pie en caractéres legibles.

ESCENA PRIMERA.

LANDINI, *solo; poco despues* COSME DE MÉDICIS *y* JUDAEL.

Landini. (*Está sentado escribiendo en una mesa que habrá á la izquierda. Arroja con impaciencia la pluma sobre la mesa.*) Ah!... por fin acabé... Espero que este trabajo que me ha ocupado una hora, me valga... doscientos escudos lo menos. (*Arregla los papeles.*) He despachado á tiempo... Oigo ruido, y creo que es el duque... (*Cosme sale por la galería de la derecha, acompañado de Judael.*)

Judael. Sí, señor duque, siento veros tan atareado todos los dias; yo, de quien tantas pruebas de adhesion teneis, pudiera descansaros en el despacho de los negocios.

Cosme. No, Judael... la vista del amo es siempre beneficiosa... además, es preciso que cada cual desempeñe su cometido... Te he nombrado gobernador de palacio para no tener que ocuparme de lo que á

él pertenece... de tu cuenta corren las ceremonias, los museos, los cuarteles y cárceles del palacio de Médicis. Por la mia los negocios, las cuentas, la correspondencia, y en fin, mis proyectos... esta noche me siento, en efecto, mas cansado que de costumbre. (*Reparando en Landini.*) Me aguardabas sin duda, Landini?

Landini. He venido segun las órdenes que me teneis dadas á seguir trabajando en vuestras memorias.

Cosme. Ahora seguiremos.

Judael. Señor duque, con vuestro permiso, me retiro.

Cosme. Haz saber mi regreso á la duquesa. Hasta mañana.

Judael. Hasta mañana, señor. (*Vase por la galería de la derecha.*)

Cosme (*A Landini.*) Qué gente ha venido?

Landini. El capitan Rugiero solamente, que deseaba pedir al señor duque una audiencia para esta noche.

Cosme. (*Sentándose.*) Lo sé... le he visto y se la he concedido.—Lee.

Landini. El señor duque se acordará que en el capítulo que leí la vez postrera, en el cual se refiere lo que pasó en la taberna de Santa María, antes del socorro inesperado de Judael de Médicis, hay una hoja en blanco destinada, segun me manifestó, á contar los acontecimientos que precedieron á la llegada de su primo.

Cosme. Ya te he dicho que mis herederos tendrán el encargo de sustituir esa hoja en blanco por otra escrita que conservo en mi poder, y que no quiero que sea leida durante mi vida.

Landini Entonces la copia del diario que habeis escrito durante vuestro destierro, comprende el espacio de diez años que ha trascurrido hasta la época de vuestra entrada en Florencia, y empiezo desde ahí. (*Lee.*) «Habiendo llegado el descontento á su colmo, Cosme de Médicis por quien el pueblo suspiraba hacia muchos años, entró secretamente en Florencia, ayudado de su primo Judael, que aquel dia rasgó el engañoso velo que le cubria, abandonan-

do el nombre de Rodolfo para volver á tomar el de Judael de Médicis.—Apenas supo el pueblo la llegada de Cosme, recobró nuevas fuerzas y combatió con tanto ardor, que logró apoderarse del palacio de Pazzi y hacer prisionero al duque Vital Pazzi que habitaba en él. Cosme de Médicis desplegó en aquel terrible dia un valor y una presencia de espíritu digna de los mas grandes héroes de la antigüedad.»

Cosme. Borrad eso, y poned solamente que Cosme de Médicis combatió sin miedo en aquel dia de desolacion.

Landini. Pero...

Cosme. (*Interrumpiéndole.*) Haced lo que os digo y continuad.

Landini. (*Despues de haber tachado algunos renglones.*) «Aterrados los principales caudillos de ambos partidos por los desastres de la guerra civil, se concertaron entre sí con el fin de proponer los medios de ponerla término. Resolvióse la paz en una reunion compuesta de nobles y comerciantes, y para hacer inseparables las riquezas del comercio de las de la nobleza, se dispuso un gran número de casamientos entre los hijos de casas nobles con los de los principales factores y comerciantes; formóse grande empeño sobre todo en que tuviese efecto el de Cosme de Médicis, comerciante el mas opulento, con la duquesa Adelaida Pazzi, hija del duque Vital Pazzi, caudillo de la nobleza.»

Cosme. Añadid que ese casamiento fué obligatorio é indispensable; que Cosme dió la mano á Adelaida para impedir que sus partidarios continuasen una guerra civil que diezmaba la Toscana, y que la duquesa se unió á Cosme de Médicis, para reprimir el furor del populacho que hubiera sacrificado indudablemente á su padre prisionero; añadid tambien que no obstante esto, el anciano Cosme ha encontrado la suprema felicidad en ese casamiento, pues la duquesa Adelaida es la mas bella, la mas generosa y mas santa de las mujeres.

Landini (*Aparte al escribir.*) No se cansa de alabar á la duquesa... Judael tiene razon en temerla.

Cosme. Continuad despues.

Landini. Ya está, señor duque. (*Leyendo.*) «Al poco tiempo logró Cosme de Médicis establecer en el mismo Florencia el punto céntrico de su comercio, y consiguió que volviese á reinar la abundancia, hasta tal punto, que los florentinos le apellidaron padre de la pátria, le honraron con el título de gefe supremo del tribunal de justicia... y Cosme de Médicis acabó por perdonar á sus enemigos.»

Cosme. Borrad eso, y poned que Cosme no perdonará nunca á la nobleza el asesinato de su desventurado hermano Antonio, muerto alevosamente en el bosque de Fiesole. Habeis escrito mas?

Landini. No señor, me he detenido aquí; si teneis la bondad de dictarme las notas necesarias para la continuacion...

Cosme. Dejadlo ya hasta mañana; me siento muy fatigado. Qué hora es?

Landini (*Mirando un reloj de arena que está sobre la mesa.*) El reloj señala la hora décima.

Cosme. Ya! la duquesa no tardará en venir á ver al pobre anciano antes de recogerse. Hasta mañana, Landini.

Landini. Dios os guarde, señor. (*Va á marcharse por la galería y se detiene.*) No os engañábais. Aquí viene la señora duquesa.

Cosme. La duquesa! (*Dándose prisa á salirla al encuentro.*)

Landini. (*Mirándole aparte.*) Cómo la quiere! Oh! Judael tiene razon en suponer que el testamento estará hecho á su favor... Al oir su nonbre ha olvidado su vejez y su cansancio... Aprovechemos este momento de buen humor para presentarle su genealogía. (*Vuelve á ocupar un asiento al lado de la mesa. Cosme vuelve á salir de la galería acompañando á la duquesa.*)

Duquesa. Os habeis molestado en salirme al encuentro, señor duque! vuestra galantería es infinita!

Cosme. Cuando vemos venir la ventura hácia nosotros, querida duquesa, debemos ahorrarla la mitad del camino, porque así estamos seguros de hallarla mas pronto. (*La hace sentar. A Landini.*) Qué esperais ya, Landini?

Landini. (*Desdoblando un pergamino.*) Deseaba presentaros, señor duque, un descubrimiento precioso que he hecho repasando la historia antigua. Es vuestra genealogía, y merced á las noticias que he sacado de la historia, pruebo en ella que vuestros primeros antepasados eran primos carnales de Carlomagno, emperador de Occidente.

Cosme. Hola! con que habeis descubierto eso?

Landini. Sí, señor.

Cosme. Sois un hombre sumamente hábil, Landini. Cuántos dias habeis empleado en terminar ese importante trabajo?

Landini. Seis dias enteros, señor duque. (*Encareciéndolo.*)

Cosme. Pues direis á mi tesorero que os entregue seis escudos.

Landini. Cuánto habeis dicho?...

Cosme. Seis escudos.

Landini. Creí haber oido... (*Ap.*) Y yo que contaba con doscientos lo menos!

Cosme. Qué esperais? Ya debíais estar fuera de aquí.

Landini (*Encaminándose á la galería.*) Voy á obedeceros, señor duque! (*Aparte al salir.*) Yo que esperaba doscientos escudos! (*Vase por la galería de la derecha.*)

ESCENA II.

COSME.—ADELAIDA.

Cosme. Mucho os agradezco, hermosa Adelaida, el cuidado que poneis en venir todas las noches como un hijo agradecido, á informaros de la salud de este pobre anciano.

Adelaida. En ello hay parte de egoismo, señor... quién no escuchará con gusto vuestra agradable conversacion?

Cosme. Esta noche sin embargo me veo obligado á privarme de ese placer.

Adelaida. Por qué? os sentís acaso indispuesto?

Cosme. No, Adelaida... pero quiero revisar esta noche mi testamento... mi testamento, que vos sola debeis abrir despues de mi muerte.

Adelaida. No ignorais, señor duque, que en punto á riquezas nada tengo que desear, pues la muerte de mi padre me dejó por heredera de todos los bienes de los Pazzi. Disponed de los vuestros en favor de vuestro único pariente.

Cosme. Mis bienes, amada esposa, deben pasar á manos de una persona magnánima y desprendida, porque tal vez sea preciso darles un destino secreto para el cual será preciso apelar al desinterés y generosidad de quien me herede.

Adelaida. Siendo así, acepto sin vacilar ese encargo, en el caso de que Dios tenga á bien prolongar mis dias mas allá de los vuestros.

Cosme. Mañana os entregaré mi testamento cerrado y sellado.

Un guardia. (*Presentándose en la galería de la derecha.*) Señor, el capitan Rugiero pide permiso para hablaros, y dice que tiene concedida audiencia esta noche.

Adelaida. (*Ap.*) Rugiero!

Cosme. En efecto. Dejadle entrar. (*Vase el guardia.*)

Adelaida. Qué querrá? (*Ap.*)

ESCENA III.

DICHOS. RUGIERO. LA DUQUESA, *sentada.*

Rugiero. (*Sale y se detiene cortado.*) La duquesa aquí!

Adelaida. (*Ap.*) Mi presencia le ha turbado!

Cosme. Acercaos, Rugiero... y decid lo que quereis.

Rugiero. Señor duque, vengo á pediros que me otorgueis la merced de formar parte de la gente de guerra que enviais á Roma al socorro del Santo Padre.

Adelaida, (*Ap.*) Qué es lo que dice!

Cosme. Pero vos, capitan, ignorais sin duda que esa gente debe emprender su marcha dentro de algunas horas?

Rugiero. No lo ignoro, señor.

Adelaida. A los tres dias de haber vuelto á Florencia, despues de un año que habeis vivido lejos de ella, quereis partir, Rugiero!

Rugiero. Pido, señora, que se me permita ir á Roma como la mayor merced que pudiera concedérseme.

Cosme. Y yo os la concedo, en vista de que me habeis hecho la súplica delante de la duquesa, de la cual fuísteis siempre el protegido.

Rugiero. Es cierto, señor... á la bondad de la duquesa debo la honra de haber sido admitido en vuestra guardia... á ella debo mi espada... á ella, en fin, cuanta felicidad he gozado en este mundo... y si en pago necesitase alguna vez mi vida, mi sangre toda...

Cosme. Sé que podemos contar con vuestra adhesion, Rugiero.

Adelaida. Y sin embargo, si yo tuviese necesidad mañana de una espada, de un defensor, tendria que recurrir al valor de otro, pues vos vais á marcharos á Roma?

Rugiero. (*Cortado.*) Señora...

Adelaida. Ese proyecto de marcha es una locura, y yo no le doy todavía por seguro y resuelto; vos no estais solo en Florencia; aquí habeis encontrado amigos y parientes que no os habian visto hace un año, y los cuales recibirian un gran sentimiento con esa nueva y precipitada ausencia.

Rugiero. En efecto, señora, he encontrado en Florencia una jóven con la cual estoy desposado hace un año; he encontrado tambien á su padre, que lo es mio asimismo, porque nunca conocí al que me dió el ser; ambos se regocijaron mucho con mi llegada, pero no tendrán sentimiento alguno por mi marcha, pues así mi padre, como mi amada, me acompañarán á Roma.

Cosme. No teneis madre, Rugiero?

Rugiero. La he perdido, señor duque, tan luego como he adquirido experiencia y razon.

Adelaida. Qué querrá decir con eso? (*Ap.*)

Rugiero. En Florencia todo me recuerda su imágen y me entristece... en Roma solo conservaré la memoria de su bondad. Por esto, señor, es por lo que os pido encarecidamente que me permitais salir de Florencia.

Cosme. Os he dado mi palabra, y os marchareis, Rugiero.

Rugiero. (*Con entusiasmo.*) Oh! gracias, señor.—Dios

os conceda luengos años de vida para bien de nuestra patria. (*A la duquesa.*) Señora, el cielo os recompense por vuestros beneficios... no pasará dia de mi vida que no le ruegue por vos.

Adelaida. (*Reprimiendo su conmocion.*) Esperanza y ventura, capitan.

Rugiero. (*Inclinándose.*) Creo en la Providencia, señora. (*Despréndese del lado de la duquesa como con trabajo, y vase por la galería de la derecha.*)

ESCENA IV.

COSME. ADELAIDA.

Cosme. Este jóven tiene en su aspecto un no sé qué de nobleza y melancolía que seduce. Pero qué veo, duquesa? (*Con inquietud.*) Estais conmovida!

Adelaida. Perdonad, veo con dolor que aquellos por quienes mas nos interesamos, no vacilan en dejarnos sin pesar ni disgusto.

Cosme. (*Haciéndola levantar.*) La adhesion que nos manifiesta el jóven capitan Rugiero, es sincera, no lo dudeis, Adelaida; pero la juventud tiene sus secretos, así como sus caprichos é inconstancia... la juventud, flor que se deshoja, tesoro que se agota; la juventud, que solo por tí siento haber perdido, pobre compañera de este triste anciano.

Adelaida. Sí, pero compañera muy dichosa... Vos siempre teneis para mí palabras de consuelo... y á mi lado olvidais la hora del reposo.

Cosme. Sí, Adelaida, todo lo olvido, hasta mi cansancio.

Adelaida. Pero yo, que, segun vos, soy vuestro mejor médico, debo recordároslo...

Cosme. Lo estimo y obedezco. (*Dándole la mano.*) Buenas noches, duquesa.

Adelaida. Buenas noches, señor.

Cosme. Voy á dar á mis centinelas la voz que les advierte todas las noches que su señor se retira confiado en su guarda, y que es preciso velar por él. (*Abre el balcon del foro y grita.*) Arqueros de palacio, alerta. (*Esta voz es alternativamente repetida por*

los centinelas á diferentes distancias. Mientras corre la voz, Cosme y Adelaida han llegado hasta la entrada de la cámara de Cosme.)

Adelaida. Los ángeles del cielo guarden vuestro sueño, señor.

Cosme. Hasta mañana.

Adelaida. Hasta mañana. (*Vase Cosme. La duquesa pensativa vuelve á bajar al proscenio.*) El duque ha concedido á Rugiero permiso para marcharse, y vá á alejarse quizá al rayar el dia, sin haberme dicho la causa de tan repentina marcha, sin haber disipado mis recelos... Oh! es preciso que yo le vea antes... sí, es preciso. (*Se dirige precipitadamente á la mesa y escribe algunas líneas, en seguida llama, y sale de su cuarto una camarista.*) Para el capitan Rugiero, sin perder un instante. (*Vase la camarista con la carta por la galería. La duquesa se retira á su habitacion. Judael y Landini salen hablando por la galería de la derecha.*)

ESCENA V.

JUDAEL. LANDINI.

Landini. Sí señor, cada vez que oigo al duque hablar de la duquesa, me afirmo mas en la idea de que el testamento está hecho en su favor.

Judael. Tú supones eso y yo lo sé de cierto... sé tambien que el testamento está guardado en un cofrecillo metido en un armario con molduras y adornos que hay al lado de su cama.

Landini. Sabeis todo eso?—Entonces habreis pensado ya en estorbar los efectos que pudiera surtir en lo venidero un testamento que os priva de tan pingüe herencia.

Judael. Pienso mas bien en los medios de sustraerle con cautela de manos de Médicis.

Landini. Sí, pero aunque ese medio seria el mas directo, es el mas imposible de todos.

Judael. Por qué?

Landini. Porque... en primer lugar, el cuarto donde Cosme de Médicis conserva los tesoros y reliquias

que tanto estima, solo está abierto para él únicamente, y no sale jamás sin cerrar la puerta con el mayor cuidado.

Judael. Pero por la noche, cuando está dormido...

Landini. Vela á su lado un capellan.

Judael. Se busca un motivo para que abandone la guarda del duque un solo instante, lo que basta para que un hombre fiel y adicto pueda desempeñar mi encargo.

Landini. Y ese hombre fiel y adicto quién va á ser?

Judael. Tú, Landini.

Landini. No lo espereis, seria un delirio arriesgar asi mi vida ó mi libertad... harto hago en aguardar á que heredeis las inmensas riquezas de vuestro primo para que tengais ocasion de recompensar mi silencio.

Judael. Otro que tú seria menos previsor y mas atrevido.

Landini. Pero no menos peligroso; porque, aunque os canseis en buscarle, no hallareis ningun hombre que si es descubierto consienta en que le descoyunten en un potro, ó le quiten la vida, por tal de no designar á Judael de Médicis como el instigador de su delito y el mas culpable.

Judael. Quién sabe!

Landini. Os atreveis á dudarlo?

Judael. Por el pronto traigo aquí ya la llave que debe abrir sin ruido el armario de Cosme; mírala. (*Le enseña una llave.*) En cuanto á las revelaciones del hombre que debe hacer uso de ella por mí, maldito si las temo, porque hace quince años que nuestro veneno le paralizó la lengua.

Landini. Lázaro el mudo!

Judael. Lázaro el mudo, preso por nosotros sin formacion de causa ni sentencia de tribunal, y el cual no sabe leer ni escribir, pues mas de cien veces le hemos ofrecido capciosamente la libertad por una palabra articulada ó escrita, y le hemos visto deshacerse en lágrimas de rabia, sin poder pronunciar la palabra que debia romper sus hierros; el mudo, á quien yo iba ya á dar muerte movido de lástima cuando volvió á Florencia Cosme de Médicis, y á quien dejé la vida é hice trasladar de los calabozos

de Pazzi á los del palacio de Médicis, porque tenia el presentimiento de que habia de serme necesario algun dia; ese dia es llegado, Landini, porque voy á ofrecer la libertad á Lázaro, que puede oir, pero no hablar, en cambio de la cajita de Médicis.

Landini. Sois hombre de talento, señor.

Judael. Insensato, has podido creer que yo que hace veinte años sueño con las riquezas de Médicis, que yo, que no he vacilado en otro tiempo en mandar asesinar á Antonio, su hermano y heredero universal, no lograría ahora destruir un pergamino que me deshereda?

Landini. Y cuándo intentais dar el golpe?

Judael. Esta noche... no has observado que he hecho beber á Médicis durante la cena mas de lo que tiene de costumbre, haciéndole brindar por la nueva alianza de Florencia y Venecia?

Landini. Pero, y el capellan que vela á su lado?

Judael. Dentro de una hora no estará allí.

Landini. Y Lázaro? (*Un guardia asomando por la galería de la derecha.*) Señor.

Landini. Han llamado.

El guardia á Judael. He venido escoltando al mudo, segun las órdenes que me teneis dadas; está esperando en la galería.

Judael. Que entre. (*Vase el guardia.*)

Landini. Tan pronto!

Judael. Ya ves que no contaba con tu auxilio, ni con tus consejos; quisiera, sin embargo, que me ayudases tambien...

Landini. Estoy á vuestras órdenes, señor.

Judael. Aquí viene ya el mudo, vé á aguardarme, te llamaré en cuanto te necesite. (*Vase Landini mientras sale el guardia conduciendo á Lázaro, cuyo rostro indica grandes padecimientos; su cabeza ha encanecido; sale vestido con un sayo de lana, tosco y desgarrado; su presencia, sus ademanes, todo denota en él sufrimiento y resignacion.*)

Judael. Los instantes son preciosos; manos á la obra, y encomendémonos á mi buena suerte. (*A los guardias.*) Ratiraos. (*Vanse los guardias y Landini.*)

ESCENA VI.

JUDAEL. LÁZARO. *Poco despues*, LANDINI.

Judael. (*A Lázaro despues de haberse sentado en la derecha.*) Acércate y escucha atentamente, porque lo que voy á decirte es de suma importancia y gravedad para los dos.

Lázaro toma la actitud de un hombre que escucha con mucha atencion.

Judael. Yo he sido el que ha mandado que te saquen del oscuro calabozo en que hace quince años estabas sepultado... No has recordado al salir de allí tu pasada libertad que debias creer perdida por siempre y que yo puedo á mi arbitrio devolverte ahora?...

Lázaro junta las manos en ademan de súplica.

Judael. Bien, voy á decirte en pocas palabras á qué débil precio puedes recobrar esa libertad tan deseada.

Lázaro, impaciente, se encorba para oir mejor.

Judael. Toma primeramente esta llave, y ahora sabrás el uso que has de hacer de ella.

Lázaro toma la llave.

Judael. (*Señalando á la puerta de la habitacion de Médicis.*) Al fin de esa galería adornada de estátuas de mármol en ambos lados, hay una estancia suntuosamente alhajada y cubierta de cuadros, armaduras y esquisitos tapices; en la pared de la izquierda arde una lámpara de alabastro; debájo de un crucifijo de marfil descubrirás un armario, cuyas hojas talladas y llenas de relieves se abren con esta llave; en la segunda division de ese armario hallarás un cofrecillo de bronce con remates de oro; le cogerás con precaucion, me le traerás aquí inmediatamente, y tan luego como me le hayas puesto en mis manos, serás libre.

Lázaro hace un gesto de aprobacion y se dirige rápidamente y sin vacilar hácia la puerta.

Judael (*Deteniéndole.*) Aguarda... dónde vas?

Lázaro le enseña la llave, señala el camino, y dá á en-

tender que va á cumplir inmediatamente lo que acaban de mandarle.

Judael. (*Trayéndole al medio de la escena.*) Aguarda, insensato. El capellan que vela á estas horas en esa estancia daria voces si te viese y...

Lázaro se queda cortado como un hombre que comprende que lo que le piden es que haga un robo.

Judael. Ten presente que en ese cuarto duerme un hombre detrás de las colgaduras recamadas de oro que te he designado... Ven, todavía no es hora... Sígueme por aquí. (*Dá algunos pasos.*)

Lázaro permanece inmovil.

Judael. (*Volviéndose.*) Despacha.

Lázaro menea enérgicamente la cabeza en señal de negativa.

Judael. Te niegas?

Lázaro arroja la llave del armario por única respuesta á los piés de Judael.

Judael. Miserable! (*Reprimiéndose y recogiendo la llave.*) Qué locura! iba á enojarme con él. Has olvidado que si en volviéndotelo á mandar no ejecutas lo que te he dicho, dispondré que te vuelvan á tu calabozo y quizás mañana no existirás ya?

Lázaro continúa impasible.

Judael. Crees que te he hecho traer aquí, que te he confiado mi secreto para que te burles de mí?

Lázaro le dá á entender por señas que siendo mudo no puede descubrir el secreto.

Judael. (*Con viveza.*) Oh! ya sé que no puedes revelar nada, pero no quiero que te resistas á mi mandato, porque con una sola palabra puedo hacer que te sepulten de nuevo en tu calabozo y que allí te dén una muerte horrible; por última vez, quieres obedecerme?

Lázaro continúa inmovil.

Judael. Pero no reflexionas que tu desobediencia es para tí la muerte, y tu aprobacion la vida?—Acaso tu corazon se ha paralizado como tu lengua, y tu cuerpo se ha vuelto tan insensible como un cadáver, que así es para tí indiferente gozar de la vida al aire libre, ver el sol, disfrutar la libertad?—Oh!... Dios mio!... Dios mio!... (*Ap. separándose del mudo.*)

este hombre era mi único recurso, y no puedo contar con él... Cómo decidirle?... qué inventaré?... (*Siénlase entregado á sus pensamientos.*)

Lázaro esconde su rostro entre las manos con dolor; poco despues mira en torno suyo, como para dar el último adios á aquel asilo de libertad que va á abandonar tan pronto. De repente dá un paso atrás como acometido de una violenta conmocion al ver los retratos de Cosme y Adelaida que están á ambos lados del balcon del foro.

Judael. (*Sentado todavía.*) Sí; es preciso que viva, porque mi única esperanza está todavía en él, y he de hacerle padecer tan crueles tormentos que él mismo ha de ofrecerse en breve á cumplir mis deseos. (*Al mudo.*) Voy á dar órden de que te conduzcan á tu calabozo ahora mismo; tú eres quien lo ha querido. (*Va á una puerta y llama.*) Landini.

Lázaro le detiene de pronto por la capa, le quita la llave que tiene en la mano, y le dá á entender que está pronto á ejecutar sus órdenes.

Judael. Luego consientes?

Lázaro dice que sí con la cabeza.

Jndael. Abrirás el armario sin temor y sin ruido?

Igual movimiento de Lázaro.

Judael. Te apoderarás del cofrecillo?

Idem.

Judael. Te acordarás de todo lo que te he dicho?

Idem.

Landini. (*Saliendo.*) Llamábais, señor?

Judael. Sí... Ven con nosotros.

Landini. Qué vamos á hacer?

Judael. Ya lo sabrás.

Landini. Teneis esperanzas?

Judael. Ahora tengo algunas... pero no me atrevo á cantar victoria todavía... Síguenos... por aquí, Lázaro, por aquí. (*Le tira por el brazo. Lázaro continúa con los ojos fijos en los retratos hasta que se va. Apenas han desaparecido por la galería de la derecha, sale Rugiero por la de la izquierda,*)

ESCENA VII.

RUGIERO. *Poco despues* ADELAIDA.

Rugiero (*Con una carta en la mano se acerca á la mesa y mira al reloj de arena.*) Faltan pocos instantes para la hora duodécima... Va á venir... bendigo casi esta imprudencia porque hubiera sido muy cruel para mi alejarme sin volver á verla. (*Viéndola salir.*) Aquí está ya.

Adelaida. Rugiero!

Rugiero. (*Corriendo á ella.*) Gracias, madre mia, gracias por haber adivinado que necesitaba estrecharos entre mis brazos antes de ausentarme.

Adelaida. Pero antes de todo, dime, por qué quieres marcharte, hijo mio?

Rugiero. Porque seria un mal hijo, si continuase por mas tiempo á vuestro lado, querida madre.

Adelaida. No te entiendo... Rugiero, esplícate sin rebozo, ó me obligarás á dudar de tu cariño.

Rugiero. Dudar de mi cariño!... Vos ignorais, madre mia, que he sido testigo en Roma de un suceso terrible.—He presenciado un suplicio horrible, pero sin sacerdote que auxiliase, ni verdugo que descargase el golpe mortal; porque el cadalso era la populosa Roma; el verdugo, la muchedumbre, el mundo; y el hacha, la calumnia, la afrenta y la desdicha.

Adelaida. Y quiénes eran las víctimas?

Rugiero. Una madre y su hijo.

Adelaida. Qué habian hecho?

Rugiero. Queríanse con delirio, pero todo el mundo lo ignoraba... la madre era esposa como vos de un poderoso caballero italiano, y habia adoptado en secreto al hijo de quien nadie tenia noticia; una imprudencia dió á conocer su secreto, y hubo quien intentó divulgarle... el hijo, que debia á toda costa librar á su inocente madre de la deshonra, quiso imponer silencio por las armas y murió en un reto.

Adelaida. Gran Dios!

Rugiero. (*Continuando.*) Mientras la madre lloraba al dia siguiente á su desventurado hijo, se presentó

delante de ella su esposo airado y ofendido; y despues de haberla insultado cruelmente, la repudió delante de todos.

Adelaida. Desdichada mujer!

Rugiero. Yo ví al hijo muerto, madre mia... y pocos dias despues ví pasar el féretro de aquella infeliz, muerta tambien por el dolor ó el veneno de su celoso marido... Y al acordarme de vos que podríais perecer tambien un dia por el cariño que me teneis, me he dicho á mí mismo: «Rugiero, tu madre, guiada por el instinto maternal, te descubrió en medio de tu pobreza, te comunicó un secreto que á nadie debes revelar, y te abrió las puertas del porvenir, diciéndote: hijo de un valiente, ciñe espada como él. Ahora bien, tú debes evitar que la deshonra y la muerte de tu madre sean el premio de tantos beneficios, si por una mirada ó una caricia imprudente llegan á descubrir vuestro secreto.» No, madre mia, no; la desgracia agena me ha hecho recelar la vuestra, y para evitarla, quiero alejarme, aunque me cueste la vida. Ya sabeis ahora por qué quiero marcharme de Florencia y regresar á Roma, madre querida.

Adelaida. (*Haciendo un esfuerzo y con lágrimas en los ojos.*) Bien está... huye, aléjate, pues es preciso, jóven noble y generoso.

Rugiero. Bendígaos el cielo, madre mia, porque me ayudais á cumplir mi deber... Oh! pero no lloreis...

Adelaida. La fortaleza proviene del espíritu, Rugiero mio, pero las lágrimas emanan del corazon... Oh! no quieras que las reprima; reflexiona que tu presencia era mi única alegría en el mundo, y Dios me priva de ella. Aléjate, hijo mio.

Rugiero. Adios, madre amada.—Oh! el instante de la separacion es cruel.—Madre, madre mia, recordadme que no debo estar á vuestro lado.

Adelaida. Sí, Rugiero, sí... yo te daré valor... Mírame, ya no lloro; quiero ir delante de tí; vén, sígueme. (*Se dirige hácia la puerta y se detiene llorando.*)

Rugiero. Qué teneis, madre mia?

Adelaida. Las fuerzas me abandonan... (*Arrójase llorando en sus brazos.*) Oh! Hijo mio! hijo querido!

Rugiero. Valor... valor... madre mia... temo que las fuerzas me falten á mí tambien... pero no, el recuerdo de los que murieron me dá entereza... venid, venid. (*Llévase á su madre por la galería de la izquierda. Judael aparece por el lado opuesto seguido del mudo. Es enteramente de noche.*)

ESCENA VIII.

JUDAEL. LÁZARO. ADELAIDA.

Judael. (*Guiando á Lázaro hasta la puerta que conduce á la habitacion de Médicis.*) Ven, este es el momento... entra sin vacilar y sin hacer ruido... dáte prisa á alcanzar tu libertad. (*Vase el mudo.*)

Judael. (*Siguiéndole con la vista.*) Anda, idiota, de quien depende en este momento el porvenir de muchas personas. Llega á la puerta de la estancia... levanta el tapiz... ya no se le distingue... Hé aquí el momento de ansiedad y zozobra para mí. (*Apóyase pensativo sobre el respaldo de un sillon.*)

Adelaida. (*Saliendo de la galería del lado opuesto y deteniéndose cerca de la puerta.*) Partió... ahora la pobre madre desamparada puede llorar sin rebozo. (*Oculta con dolor su rostro entre las manos.*)

Judael. (*Ap.*) Terrible impaciencia! ya me parece que el mudo tarda en venir... Si estraviado en la oscuridad fuese á equivocarse y tropezase con los encargados de hacer la ronda.

Adelaida. (*Ap.*) Dios mio, guiad á mi hijo fuera de las avenidas de palacio... Si llegase á ser visto por algun centinela... (*Oyese un tiro en el foro.*) Gran Dios! (*Aterrada.*)

Judael. (*Con espanto.*) Qué es esto? (*Ambos se lanzan á la par hácia el balcon, y se encuentran uno con otro al tiempo de abrirle. Con terror.*) Gente aquí!

Adelaida. Judael!

Judael. La duquesa!

Adelaida. Vos aquí!

Judael. (*Cortado.*) Velaba por la seguridad del duque, cuando el ruido de un arma de fuego...

Adelaida. Qué ha sucedido? (*Queriendo abrir el balcon.*) Miradlo. Oh! hijo desventurado!

Judael. (*Mirando.*) Los arqueros encargados de la ronda de noche han disparado sobre un hombre.

Adelaida. Le han muerto? (*Con ansiedad.*)

Judael. No, señora; aunque la oscuridad de la noche no permite distinguir claramente, me parece que le diviso entre los soldados. (*Ap. retirándose del balcon.*) El mudo no podrá hablar! pero el cofrecillo...

Adelaida. (*Ap. y dando algunos pasos.*) No, no puedo dejarle así. (*Deteniéndose de repente.*) Dios mio! y si confirmo su ruina interceciendo por él? (*Con desesperacion.*) Ah! y es preciso que manifieste serenidad en este terrible momento!

Judael. (*Ap.*) Cómo engañar á los arqueros?

Adelaida. (*A Judael.*) Pero qué es lo que ha hecho ese hombre?

Judael. Lo ignoro, señora: será algun ladron sin duda.

Adelaida. Y qué suerte le espera?

Judael. La prision ó la muerte.

Adelaida. (*Aterrada.*) La muerte!

Judael. Tranquilizaos; voy á dar órden, como gobernador de palacio, para que le lleven á un calabozo inmediatamente.

Adelaida. Deteneos, Judael!

Judael. (*Volviendo.*) Qué mandais, señora?

Adelaida. (*Ap.*) Ayudadme, Dios mio. (*Alto.*) Cuando ese hombre ha sido preso, me hallaba yo rogando al cielo por la salud y la vida de mi esposo; el ruido ocasionado por el arma de fuego interrumpió mi oracion, y no ignorais que la oracion interrumpida por una desgracia no llega á oidos del Señor. Será si quereis debilidad mia, pero esta prision me parece de mal agüero, y no sé qué voz secreta me dice que si á consecuencia de ella muriese desgraciadamente ese hombre, su muerte nos acarrearía alguna desgracia.

Judael. La sangre derramada nunca reporta ventura, señora.

Adelaida. Pues bien, Judael, yo quiero que ese hombre sea puesto en libertad por la tranquilidad de mi alma, y para alejar de nosotros cualquier desgracia.

Judael. (*Ap.*) Aprovechémonos de su miedo. (*Alto.*) Un medio hay para conseguirlo que pondria á todos á

cubierto de cualquier responsabilidad y los haria callar.

Adelaida. Cuál es?

Judael. Ir á decir á los arqueros, de parte vuestra, que ese hombre habia sido encargado por vos de un mensaje secreto, y que queríais verle. En seguida le acompañaba hasta aquí, le dejábais evadir por vuestra habitacion, y corridos de su error, los que le han preso, no se atreverian á revelárselo al duque, cuyo sueño no ha sido interrumpido, é ignorará todo cuanto ha pasado.

Adelaida. Teneis razon.

Judael. (*Ap.*) De este modo lograré tambien que me entreguen el cofrecillo.

Adelaida. Voy á prevenir á las damas de mi servidumbre, para que no se aparten de mi lado.

Judael. Guardarán el secreto?

Adelaida. Yo os respondo de ellas. (*Ap.*) Pobre Rugiero, tu madre te ha salvado. (*Entrase rápidamente en su habitacion.*)

Judael. (*Solo.*) La sensibilidad de la tórtola favorecerá las intenciones del buitre. Tuya será, duquesa, la satisfaccion de haber libertado á un hombre, mios el cofrecillo y el testamento. Hace pocos momentos me tenia el terror embargados los sentidos, y ahora apenas puedo respirar de alegría. Oh! fortuna, destino, vosotros sois los únicos dioses que venero.

ESCENA IX.

JUDAEL. LANDINI.

Landini. Os buscaba. Los guardas de noche acaban de prender á un hombre.

Judael. El cual será Lázaro, sin duda, que se habrá extraviado en la columnata de la galeria.

Landini. Todo se ha perdido.

Judael. No tal; vé á decir al jefe de esos hombres que por su celo indiscreto ha estado á pique de cometer una desgracia; que ese hombre es un mensajero de la duquesa, y que llevas la órden de que le traigan aquí inmediatamente. Corre.

Landini. Pero cuando la duquesa sepa...

Judael. Todo lo sabe; despacha.

Landini. Pero señor...

Judael. Ejecuta mis órdenes y pronto serás rico, Landini, porque voy á ser heredero de Médicis. Corre... (*Vase Landini.*) Sí, la duquesa lo sabe todo, á escepcion de que el hombre por quien se toma tanto interés, es el que la arrebata los tesoros de su esposo. (*Lázaro sale por la puerta de la derecha durante las últimas frases, coge á Judael por el brazo y le presenta el cofrecillo y la llave.*)

ESCENA X.

JUDAEL, LÁZARO. *Poco despues* LANDINI.

Judael. Tan pronto aquí!... vienes solo?

Seña afirmativa de Lázaro.

Judael. No te han acompañado los arqueros?

Gesto negativo de Lázaro.

Judael. Estás herido?

Igual movimiento por parte de Lázaro.

Judael. Luego no eres tú el que acaban de prender?

Nuevo movimiento negativo.

Judael. Qué misterio es este? Apoderémonos del testamento ante todas cosas!... Conozco el secreto para abrir este cofrecillo. (*Le abre.*) Cielos!... no está el testamento... un bolsillo... zequíes!... nada mas!

Landini. (*Sale corriendo.*) Señor... (*Viendo á Lázaro.*) El mudo!

Judael. Quién es el hombre que han preso?

Landini. Miradle... aquí le traen. (*Salen Rugiero y los guardias por la galería de la derecha.*)

Judael. El capitan Rugiero!

ESCENA XI.

DICHOS. ADELAIDA, *sale precipitadamente de su habitacion.*

Adelaida. (*Corriendo á él.*) Rugiero!

Rugiero. Señora!

Adelaida. (*Levantando la voz.*) Os han preso injusta-

mente; venid. El capitan Rugiero estaba en palacio por órden mia.

Rugiero. Qué haceis? (*A media voz.*)

Adelaida. Salvarte. (*Alto.*) Seguidme. (*Le lleva á su cuarto. Lázaro dá un paso hácia ellos, pero se detiene despues por prudencia, y continúa con los ojos fijos en la puerta por donde acaban de salir.*)

Judael. (*Despues que los ha visto alejarse.*) Oh! ahora comprendo tu compasion y humanidad, duquesa... He perdido el testamento... pero he descubierto á tu amante... (*A los arqueros.*) Corred á guardar todas las salidas del cuarto de la duquesa... En nombre de Cosme de Médicis, yo, Judael, gobernador de palacio, os mando que os apodereis del capitan Rugiero tan luego como le veais salir de ese cuarto... marchad... con vuestra cabeza me respondereis de él. (*Vanse los arqueros.*) Duquesa de Médicis, las adúlteras no heredan á los esposos que deshonran; no he podido apoderarme del testamento declarándote una guerra oculta, ahora conseguiré la victoria acusándote públicamente... Landini, Lázaro... seguidme. (*Cuando va á marcharse repara en Lázaro que se ha quedado pensativo y con los ojos fijos en la puerta del cuarto de la duquesa, vuelve á él, y le dice dándole con fuerza en el hombro.*) No oyes? (*Señalando con la mano la galería.*) Anda delante. (*Lázaro vuelve en sí, echa las manos atrás, y toma el camino que le indica Judael.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon magnífico del palacio de Médicis. Puerta grande y balcon al foro. Puertas laterales á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

JUDAEL. LANDINI.

Al levantarse el telon estará paseándose por la escena Judael con impaciencia, hasta que vé llegar á Landini.

Judael. Gracias al diablo! Ya me cansaba de esperarte.

Landini. Si he tardado mucho, os traigo en cambio buenas noticias.

Judael. Yo tambien tengo que decirte y que mandarte.

Landini. Pues empezad.

Judael. Nos hemos equivocado en un dia. Cosme habia sacado aquella misma noche el testamento para revisarle ó hacer sacar una copia, en fin, con ese ó cualquier objeto.

Landini. Y qué nos importa ya?

Judael. Escucha. Al dia siguiente fué á poner el testamento en su lugar y echó de menos el cofrecillo que contenia doscientos ducados destinados... á hacer obras de caridad.

Landini. Diantre! Eso es tanto mas comprometido cuanto que viene á coincidir con la mentida declaracion de Rugiero, que para poner á cubierto la honra de la duquesa, dice, que esta noche se ha in-

troducido en palacio con solo el objeto de cometer un robo;—y es el caso, que el duque ha dado órden de que traigan el preso á su presencia, y quiere interrogarle él mismo.

Judael. Es necesario estorbar que ese hombre que no ha titubeado en declararse culpable para hacer recaer sobre sí el castigo y la deshonra, logre recoger el fruto de su generosidad.

Landini. Sí, es preciso perder á los dos amantes á la par.

Judael. Y para desmentir solemnemente á ese Rugiero, que se acusa á sí propio, tengo yo un medio muy sencillo.

Landini. Cuál, señor?

Judael. Entregar á Lázaro el mudo antes que espire el dia, y acusarle de haber robado el cofrecillo, lo cual no nos será muy dificil de probar; tenemos sobre él la ventaja de poder espresarnos. Hallado que sea el ladron... nada mas sencillo que aclarar el misterio de la venida secreta y nocturna del capitan Rugiero, revelando á Cosme de Médicis la verdadera causa de ella.

Landini. Decís bien.

Judael. Me parece haber oido ruido. Alguien viene.

Landini. Es el duque. (*Mirándole.*)

Judael. Sígueme... no quiero que me vea aun. (*Vanse. Aparece Cosme seguido de un guardia por la puerta lateral de la derecha.*)

ESCENA II.

COSME. UN GUARDIA. *Poco despues* LA DUQUESA.

Cosme. (*Al guardia.*) Traereis á este salon al capitan Rugiero. Habeis entregado la órden por la cual le han de poner en vuestro poder?

Guardia. Sí, señor duque.

Cosme. Id pues, y no os hagais esperar. (*El guardia antes de marcharse, viendo venir á la duquesa.*) Aquí se acerca la señora duquesa. (*Vase.*)

Cosme. (*Ap.*) La duquesa! habrá tenido noticia sin duda de la prision de Rugiero.

Duquesa (*Saliendo por el foro.*) Venia en busca vuestra, señor duque.

Cosme. (*Sorprendido.*) Qué teneis, señora? Son por ventura los acontecimientos de esta noche la causa de esa mortal palidez?

Duquesa. En vano querria ocultarlo; ellos son, señor duque.

Cosme. Maldiga el cielo mil veces al que ha dado origen á vuestro pesar, hermosa Adelaida.

Duquesa. Tened la lengua, señor, y no maldigais al que tal vez es inocente.

Cosme. Es verdad; para condenar siempre es pronto.

El guardia. (*Saliendo de nuevo.*) Ya está aquí el preso, señor.

Cosme. Traedle á mi presencia. (*Vase el guardia.*) Quiero interrogarle delante de vos misma, para que vos misma podais juzgar de la imparcialidad de mi sentencia.

Duquesa. (*Ap.*) Dios mio! cómo justificarle!

Cosme. (*Al ver á Rugiero.*) Acercaos.

ESCENA III.

COSME. LA DUQUESA. RUGIERO. GUARDIAS, *que se quedan á la puerta.*

Cosme. (*A Rugiero.*) Rugiero, esta noche os habeis introducido furtivamente en palacio, y los arqueros os han preso al tiempo que intentábais evadiros en secreto. Qué interés os traía aquí con tal misterio y á hora tan desusada? (*Silencio de Rugiero.*) Callais?... Esta noche se ha cometido un robo en palacio. Sabeis quién es el autor de ese robo?

Rugiero. Permitid, señor, que no os responda á esa pregunta, sino lo que ya he contestado antes de ahora.

Duquesa. Oh! eso no puede ser.—Vos, señor, no podeis creer que Rugiero sea culpable de tan feo delito.

Cosme. Sin embargo, ya le habeis oido á él mismo; persiste en lo que ha declarado anteriormente.—(*A Rugiero.*) Tan poco confiabas, insensato jóven,

en la generosidad de Cosme de Médicis, que no has vacilado en cubrirte de infamia antes de apelar á ella!

Rugiero. Compadecedme, y no me interrogueis, señor duque.

Una voz dentro. Dejadme, dejadme; quiero echarme á sus pies.

Rugiero. La voz de mi padre!

Duquesa. (*Ap.*) Su padre!

Rugiero. Oh! por piedad, señor duque, permitid que evite la presencia de mi padre, que sabe ya mi deshonra.

Cosme. (*Abriendo la puerta de la izquierda. A los guardias.*) Entrad en esta estancia con ese hombre y no os separeis de su lado.

ESCENA IV.

COSME. LA DUQUESA. MATEO.

Mateo. (*Saliendo precipitadamente.*) Perdonad, señor, á un anciano que se atreve á presentarse á vos sin permiso, porque solo en vos cifra su esperanza! Tengo un hijo que habia merecido hasta este dia los elogios de cuantos le conocian, y ahora... dispensadme, señor... los sollozos ahogan mi voz.

Cosme. Serenaos y hablad, buen anciano; estamos dispuestos á escucharos.

Mateo. Señor duque, sirvo de padre á un jóven que se halla bajo el peso de una acusacion, por la cual va á ser deshonrado, si vuestra clemencia no le declara inocente. Si él perece, sucumbirá tambien mi hija querida con quien está desposado. Acúsanle de haberos robado cien ducados de oro; su anciano padre os viene á devolver esa cantidad, y os deberá mas que la vida si salvais á su culpable hijo. (*Va á colocar un bolsillo sobre la mesa de la derecha.*)

Cosme. Cien ducados! Y sabia Rugiero que poseias esa cantidad?

Mateo. No, porque ayer yo tampoco la tenia.

Cosme. Cómo os habeis valido entonces para conseguirla?

Mateo. Hará quince años que el padre de Rugiero me entregó, pocas horas antes de morir, una joya con la cual estaba íntimamente unido el secreto de su nacimiento. Yo la habia conservado religiosamente hasta ahora, y esta mañana fuí á llevársela acongojado y pesaroso á unos judíos, los cuales me dieron por ella esos cien ducados que vengo á entregaros en reparacion del robo... No estrañareis, señor, que haya hecho ese sacrificio cuando vengo á pediros otro mayor... el perdon y olvido de un delito.

Cosme. (*Ap.*) Pobre anciano!

Duquesa. (*Con viveza á Cosme.*) Ya lo habeis oido, duque, el castigo de Rugiero ocasionará la muerte de un inocente.

Cosme. Y Dios verá con agrado que perdonamos al hijo por amor del padre. (*A Mateo.*) Mañana recibirá Rugiero la órden de dejar su espada y salir en secreto de Toscana. Podeis acompañarle, tú y tu hija si quereis.

Mateo. Oh! gracias, señor; nos le llevaremos muy lejos; tan lejos, que su nombre no llegue nunca hasta vos. Ni el trabajo ni la pobreza me acobardarán nunca, pero la deshonra me hubiera acarreado la muerte...

Cosme. (*Yendo á la puerta de la izquierda.*) Ven, ven, jóven infeliz; mira llorar á tu padre, y prostérnate ante él. (*Le saca del brazo.*)

ESCENA V.

DICHOS. RUGIERO. *Poco despues* LANDINI.

Rugiero. Gran Dios!

Cosme. Póstrate ante las lágrimas paternales de ese anciano, porque á no ser por ellas saldrias mañana para las galeras del estado.

Duquesa. (*Ap.*) Cielos!

Rugiero. (*Inclinándose delante de su padre.*) Oh padre mio!

Cosme. (*A Mateo.*) Y ahora, retiraos vos, y pedid al cielo que le perdone como yo le perdono.

Mateo. El os recompense vuestra noble accion, señor.

Adios, Rugiero; no olvides nunca que deberemos al duque el placer de estrecharte entre nuestros brazos.

Rugiero. Adios, padre mio. (*Vase Mateo por el foro.*)

Duquesa. Oh! es preciso justificarle á toda costa.

Landini. (*Saliendo por la derecha.*) Señor, vuestro primo Judael de Médicis desea hablaros al instante.

Cosme. Está bien. Aguarda, Landini. (*A los guardias.*) Llevad á Rugiero á su prision, y no dispongais nada acerca de él sin contar primero con mis órdenes.

Rugiero. (*Ap. al salir.*) Me he perdido, pero he salvado á mi madre. (*Los guardias se llevan á Rugiero por el foro.*)

Cosme. Ahora, acércate y escucha, Landini. Irás inmediatamente al barrio de los judíos; preguntarás á los mercaderes por una joya que les ha sido vendida en cien ducados por el anciano que acaba de salir de aquí; te harás con esa joya á cualquier precio; y si me la traes antes de una hora, ofrezco darte quinientos ducados.

Landini. Cuánto?

Cosme. Quinientos ducados... entiendes?

Landini. Perfectamente; pero estoy atónito... por esa genealogía que tardé seis dias enteros en hacer...

Cosme. Te mandé dar seis escudos únicamente; no es esto lo que ibas á decir? Es que, ahora en pocos minutos contribuirás á que yo haga una buena accion, y entonces malgastaste seis dias enteros para forjar un embuste. Anda, anda, Landini, y dí á Judael que puede entrar.

Landini. (*Escapándose.*) Voy corriendo, señor.

Duquesa. Qué proyectais, señor?

Cosme. Volver al anciano que me ha traido ese dinero, la joya cuya pérdida sentia tanto.

Duquesa. Lo habia adivinado. Ah! señor, sois benéfico y generoso.

Cosme. Soy rico, Adelaida, y ahí está todo el mérito. Aquí se acerca Judael.

Duquesa. Me retiro.

Cosme. Por qué? acaso tengo yo secretos para vos, querida Adelaida?

ESCENA VI.

COSME. LA DUQUESA. JUDAEL.

Judael. (*Saliendo por la derecha.*) Gran noticia, señor duque: el capitan Rugiero es inocente del robo cometido esta noche en palacio.

Cosme. Qué decis?

Duquesa. Hablad, Judael.

Judael. Ha sido preso en una de las puertas de Florencia, un bagabundo, un mendigo que llevaba oculto bajo sus harapos el cofrecillo robado esta noche.

Cosme. Pero Rugiero se ha declarado culpable.

Judael. No lo es sin embargo, señor. (*En voz baja.*) Aquí se encierra un gran misterio que es preciso penetrar.

Duquesa. Interrogando á ese hombre, descubriremos tal vez la inocencia de Rugiero.

Cosme. Haced que venga.

Judael. Acabo de dar órden que le traigan á vuestra presencia; pero será en vano que le interrogueis: he olvidado deciros que ese miserable es mudo.

Cosme. Mudo?

Judael. Sí, señor duque... Landini le ha reconocido, y dice haberle visto vagar ayer al rededor de palacio; él es sin duda alguna el autor del robo, y el capitan Rugiero está inocente.

Cosme. Rugiero inocente! Pluguiera al cielo que así fuese!... Qué alegría para su anciano y desconsolado padre!

Duquesa. Permitid, señor, que envie gente en su busca á darle tan feliz nueva, por si todavía no hubiese salido de palacio... Corro yo misma á dar las órdenes.

Cosme. Sí, duquesa; enviadle á decir que confie y espere.

Duquesa. (*Ap. al salir.*) Ah! ahora puedo ya responder de su inocencia sin temor de perderle. (*Vase.*)

ESCENA VII.

COSME. JUDAEL.

Judael. Se retira á tiempo.

Cosme. La bondad de la duquesa es infinita; has reparado la espresion de alegría que ha tomado su rostro al oir la noticia de la inocencia de Rugiero?

Judael. En efecto, señor; iba á llamaros la atencion sobre ello.

Cosme. Pero dónde está ese mudo? Quiero verle.

Judael. Aquí le traen; miradle. (*Aparece Lázaro seguido de dos guardias; uno de ellos trae el cofrecillo: vienen por el foro. Lázaro al ver á Cosme se queda estático contemplándole.*)

Cosme. (*Observándole.*) Qué miseria!... sus facciones denotan grandes padecimientos... Mira, Judael!

Judael. Es verdad, señor; este hombre ha debido padecer mucho. (*Lázaro fija la vista en Judael á estas palabras.*) (*Ap.*) Es preciso evitar por prudencia que estén mucho tiempo juntos.

Cosme. Y Dios le ha negado el uso de la palabra?

Judael. Sí, señor.

Cosme. Pero tal vez sabrá leer?

Judael. No, señor.

Cosme. De qué medio nos valdremos entonces para hacernos entender?

Judael. Lo idearemos mas tarde, señor: lo que ahora importa es probar sin tardanza la criminalidad de este mendigo y la inocencia de Rugiero; eso puedo hacerlo yo en dos palabras, con solo revelaros un secreto, pero es necesario que estemos solos. Voy á mandar que encarcelen á este hombre.

Cosme. (*Señalando á la puerta de la izquierda.*) No... que entre ahí... quiero probar despues si logro hacerme entender de él. (*A los guardias.*) Cuidareis de la custodia de ese hombre. (*Vanse los guardias y el mudo.*) Ahora puedes ya descifrarme ese misterio, Judael... revélame ese terrible arcano, habla.

Judael. Señor, esta mañana hemos registrado con el mayor detenimiento la habitacion del capitan Rugiero, á fin de hallar el cofrecillo de cuyo robo se

acusaba, y hé aquí lo que hemos encontrado. (*Entrégale un retrato.*)

Cosme. El retrato de la duquesa!

Judael. (*Entregándole una carta.*) Y esta carta firmada por Adelaida Pazzi.

Cosme. Firmada por ella!

Judael. En esa carta se dá una cita nocturna á Rugiero... y ahora descubrimos que el capitan no ha sido el ladron, pero que ha pasado, sin embargo, la noche secretamente en palacio.

Cosme. (*Aterrado.*) Qué oigo!

Judael. Qué direis ahora, señor duque, de la afliccion de la duquesa al ver á Rugiero comprometido, y de su repentina alegría al concebir la esperanza de su libertad?.

Cosme. Judael!

Judael. (*Continuando.*) Os aventuraríais á designar en qué aposento ha pasado misteriosamente la noche ese mancebo?

Cosme. (*Furioso.*) Calla, miserable!

Judael. (*Con viveza.*) Tengo pruebas, señor... Leed, leed si quereis... La cita de la duquesa fué para esa misma noche... Yo no invento nada, escrito está, miradlo.

Cosme. Oh! desgraciados de ellos! Venganza!

Judael. Sí, venganza, señor.

Cosme. (*Con desesperacion.*) Oh! Dios! Dios mio! (*Cae agobiado por el dolor en un sillon de la izquierda.*)

Judael. (*Acercándose.*) Animo, señor; hacedles sentir todo el peso de vuestra cólera; sobreponeos á ese abatimiento, y vengaos... Sí, vengadnos; porque el que os afrenta me afrenta, el que os hiere me toca... Vengadnos, señor... Qué decidís con respecto á la duquesa?

Cosme. (*Levantándose y pasando al otro lado de la escena.*) Una separacion...

Judael. Pública, no es verdad?

Cosme. No, Judael... Oh! pero es imposible!... Adelaida liviana y adúltera... Adelaida, cuya mirada está llena de pureza, cuya voz es tan grata!... Y yo, insensato, la miraba con éstasis, y muchas veces temia que se apartase de mi lado recelando que el cie-

lo me la arrebatase envidioso de su angelical dulzura. Oh! maldígala Dios mil veces... Es fuerza, sí, es fuerza que perezca ese hombre... Dónde está?

Judael En su calabozo.

Cosme. Tráele al punto.

Judael. Qué intentais?

Cosme. Quiero arrancarle esa vida aborrecida, ó morir á sus manos.

Judael. Un duelo!

Cosme. Sí, un duelo... qué importa la edad?... Tal vez mi brazo no tenga ya la suficiente fortaleza para manejar una espada; pero hay desafios en los cuales decide la suerte, y en ellos importan poco las edades.

Judael. Pero habeis olvidado que Rugiero es hijo de un miserable, y que vos sois el duque de Médicis?

Cosme. Sí, duque de Médicis, y nieto de un artesano que vendia rosarios y reliquias en la plaza de la iglesia; duque de Médicis, y sobrino de tu padre, pobre jornalero del arsenal; soy duque de Médicis, y por eso quieres que no tenga derecho de vengarme sino asesinando infamemente á mi enemigo?... No, no lo esperes. Mira, soy duque, poseo yo solo mas riquezas que los emperadores de Oriente, y cuento tantos navíos dispersos por los mares, que reuniéndolos todos podria formar con ellos un cordon al rededor de Venecia... pues todo eso lo cambiaria ahora mismo contra un miserable sayo de mendigo, por poder batirme con ese hombre á quien la duquesa ha dado su amor.

Judael. Pero y si pereceis en la contienda, señor?

Cosme. Tú me vengarás... házle venir aquí, dáte prisa... ya ves que la cólera me ahoga... que mi cabeza se abrasa... Oh! yo mismo iré a buscarle. (*Intenta salir por el foro.*)

Judael. (*Cerrándole el paso.*) Deteneos.

Cosme. (*Insistiendo.*) Aparta.

ESCENA VIII.

DICHOS. LANDINI.

Landini. (*Saliendo precipitadamente por la derecha.*) Señor duque!

Cosme. (*Volviéndose.*) Quién es?

Landini. Me dísteis una hora para encontrar la joya, y ya está en mi poder.

Cosme. Qué joya!

Landini. La joya vendida al judío por el padre de Rugiero. Aquí la teneis. (*Le presenta la cadena.*)

Cosme. Una cadena!... pero... qué es esto?... no me engaño, esta cadena es la mia... no hay duda... (*A Landini.*) Y es esta la que vendieron al judío?

Landini. La misma, señor duque.

Cosme. Pues esta cadena es mia, y me la han robado tambien.

Landini y *Judael.* Robado!

Cosme. (*Gozoso.*) Ah! te doy las gracias, Dios mio!... Nos hemos engañado, Judael... esta cadena fué tambien robada sin duda por Rugiero. Adelaida no es criminal... Rugiero no mentia cuando dijo que él era el ladron... Oh! serán juzgados él y su padre, que pensaba sin duda sacar provecho de este robo... serán juzgados, y vereis cómo Adelaida no es culpable. Bien lo dudaba yo! Esos hombres han tenido la audacia de robarme mientras dormia, porque esta cadena no se ha separado de mí durante quince años... noche y dia la he llevado sobre el corazon... (*Asombrado.*) Gran Dios! (*No bien se ha metido la mano en el pecho, ha encontrado la cadena que lleva debajo de la ropilla. Arráncasela violentamente, y se queda aterrado con una cadena en cada mano.*)

Judael. (*A Landini.*) Qué significa esto, Landini?

Landini. Observemos.

Cosme. (*Reflexionando y mirando las cadenas.*) Sí... son las dos mitades de una misma cadena!... (*Meditando.*) El anciano que ha educado al capitan recibió esta joya de manos del padre de Rugiero, que murió hace quince años, y ese jóven es sin duda el hijo de Julian Salviati... es el hijo á quien he buscado tanto

tiempo inútilmente!... él, Dios mio!... el amante de la duquesa! (*Con desesperacion.*) Ah! Señor, qué he hecho yo para sufrir en una hora tan horribles tormentos? (*Déjase caer en un sillon de la izquierda.*)

Landini. (*A Judael.*) Señor, esas dos cadenas tienen sin duda relacion con algun misterioso suceso.

Judael. (*Observando.*) Tal creo.

Cosme. (*Con voz apagada.*) Judael.

Judael. (*Acercándose.*) Qué mandais?

Cosme. Quiero hablarte á solas.

Judael. Bien está. (*Bajo á Landini.*) Entra en ese cuarto; encontrarás al mudo con algunos guardias; despáchalos y quédate guardándole de vista.

Landini. Es lo mas prudente; pudieran acabar por entender algunas de sus señas y...

Judael. Si; es preciso no omitir ninguna precaucion. Anda. (*Vase Landini por la puerta lateral de la izquierda.—Judael aparte y con recelo.*) Qué tendrá que decirme? (*Se acerca á Cosme.*) Ya estamos solos, primo mio.

Cosme. (*Alargándole la mano.*) Judael, tú eres mi único pariente, mi solo amigo. Voy á hacerte ver la profundidad del abismo en que Dios me ha sumido, y espero que me ayudes á salir de él con tus auxilios y consejos.

Judael. Hablad, señor, ninguno mejor, en efecto, que vuestro único pariente y amigo debe saber vuestras tribulaciones y ayudaros á sobrellevarlas.

Cosme. Escúchame atentamente, porque siento que mi voz se debilita como si me hallase cercano á mi hora postrera. Mi testamento cerrado y sellado, que está en poder de la duquesa, deja por heredero de todos mis bienes al hijo ignorado de uno de los hermanos Salviati, que me sacrificaron cinco vidas de héroes para manifestarme su agradecimiento.

Judael. (*Ap.*) Qué es lo que dice?

Cosme. Pues bien, Judael, acabo de descubrir ahora mismo el paradero de ese jóven que desesperaba ya de hallar.

Judael. Qué escucho! el heredero de todos vuestros bienes?

Cosme. Si... esa cadena, única señal por la cual pu-

diera reconocerle, acaba de descubrirme su existencia... y el capitan Rugiero es el hijo de Julian Salviati, que espiró en mis brazos encomendándome su hijo.

Judael. Rugiero!

Cosme. Es él, Judael... el jóven por quien he pedido á Dios todos los dias, y por quien he atesorado tanto... el jóven á quien por juramento debo franquear mi casa, y cederle el mejor asiento en mi mesa.

Judael. Pero ese jóven es el amante de la duquesa, primo mio?...

Cosme. (*Levantándose.*) Hé ahí la maldicion que Dios ha lanzado sobre mi cabeza encanecida, y que me conducirá al sepulcro. (*Apóyase acongojado sobre Judael.*)

Judael. Animo, señor. (*Ap.*) El dolor le va á quitar la vida... y el testamento!...

Cosme. Es preciso huir, Judael, es preciso salir al punto de Toscana. Me acompañarás, no es verdad?

Judael. Os seguiré á todas partes.

Cosme. No quiero volver á ver á la duquesa... su vista sola me arrebataria mi último aliento... La amaba tanto, Dios mio!

Adelaida. (*Dentro.*) Venid, venid.

Cosme. Ella es. (*Atemorizado.*)

Judael. (*Sosteniéndole.*) Valor, primo mio.

ESCENA IX.

COSME. JUDAEL. LA DUQUESA.

Adelaida. (*Saliendo.*) Señor duque, las gentes que he enviado en busca del padre de Rugiero le han alcanzado al salir de palacio. Está esperando ahí fuera... No es verdad que nos devolvereis á Rugiero!

Cosme. (*Esforzándose.*) A vos... Adelaida... (*Quiere echar á andar.*) Rugiero! (*Vacila.*)

Adelaida. Qué teneis?

Cosme. (*Esforzándose para marcharse por la derecha.*) Sácame de aquí, Judael. Huyamos. (*Cae desmayado en los brazos de Judael cerca de la puerta.*)

Adelaida. Socorro!... Hola!... Acudid todos. (*A las voces*

salen muchos criados del cuarto de Médicis, le sostienen y le llevan dentro.)

Judael. (*A otros que aparecen en el foro.*) Corred á avisar al médico de palacio... pronto.

ESCENA X.

JUDAEL. *Poco despues* LANDINI.

Judael. (*Despues de haber cerrado la puerta vuelve lleno de espanto al proscenio.*) Qué es lo que he escuchado? Secretos que parecian impenetrables vienen á descubrirse cuando ese anciano se halla próximo á exhalar su postrer aliento... Oh! Vive Dios! quiero resistirme aun y disputar esa herencia aunque sea á la misma muerte; únicamente los vivos heredan; demos el último golpe con la celeridad del pensamiento y la violencia del rayo. (*Corriendo á la puerta por donde entró Landini.*) Landini!

Landini. (*Saliendo.*) Estais solo?

Judael. Solo.

Landini. Y el duque?

Judael. Muerto ya ó próximo á morir... acaba de revelarme...

Landini. Lo sé todo; he escuchado vuestra conversacion aplicando el oido á esa puerta.

Judael. Entonces habrás adivinado fácilmente que es preciso que la noticia de la muerte del capitan, se sepa al mismo tiempo que la del fallecimiento del duque de Médicis?

Landini. Así lo he adivinado.

Judael. Ea, pues, corre, baja á los calabozos y emplea contra Rugiero indefenso, un puñal ó un veneno... mañana diremos que él mismo se dió muerte por pusilanimidad ó desesperacion. Vuela.

Landini. Pero... y si el duque vuelve en su acuerdo y desea mañana ver al preso, á su heredero?

Judael. Recibirá la noticia de su muerte.

Landini. Y verá en su dadáver las señales de una muerte violenta?... Oh! no, tendria yo que responder de su vida, como el único que se le habrá acercado durante la noche.

Judael. Sí, pero qué hacemos si el duque fallece? No

consideras que todos nuestros afanes son perdidos?... Qué resolver en este trance?... Ah!... escucha... baja inmediatamente á los calabozos, prepáralo todo para la muerte del capitan y yo te comunicaré el estado del duque.

Landini. Y por quién me enviareis esa noticia que no sea luego un testigo contra nosotros mismos?... meditad bien lo que haceis, señor.

Judael. En efecto. (*Paséase inquieto y se detiene de repente.*) Escucha, voy á entrar á ver al duque, y si dá señal de vida, si los médicos conciben esperanzas... (*Señalando al balcon.*) vendré á dar desde ese balcon la voz de alerta á los arqueros de palacio; la voz repetida de centinela en centinela llegará muy luego hasta el fondo de los calabozos. Esa voz te anunciará la salvacion de Cosme de Médicis y dejarás entonces con vida al capitan. Pero si antes de una hora no has oido el alerta de los centinelas, dale muerte, Landini; porque será señal de que el duque ha cesado de existir.

Landini. Bien pensado; la voz, será señal de salvacion, y el silencio, de muerte... el silencio además no podrá atestiguar contra nosotros.

Judael. Veo que me has comprendido.

Landini. Perfectamente, señor... si oigo á los centinelas, dejo con vida á Rugiero.

Judael. Y si dentro de una hora no has oido la voz?

Landini. Le envio al otro mundo.

Judael. Vete.

Landini Obedezco. (*Deteniéndose.*) Ah!... y ese maldito mudo que he dejado ahí dentro sin guardias. (*Señalando á la puerta.*)

Judael. Envia unos cuantos hombres de armas que le lleven de nuevo á su calabozo; no quiero que esté por mas tiempo en palacio.

Landini. Bien. Voy á tener el oido atento hasta que oiga la señal.

Judael. Sí, corre al lado del capitan.

Landini. Y vos al del duque.

Judael. Descuida por mi parte.

Landini. Rogad á Dios por el alma del capitan si no oigo la señal. (*Vase por el foro.*)

ESCENA XI.

JUDAEL, *solo.*

Por fin logré vencer tus escrúpulos, maldito desconfiado; pero no esperes oir la voz de los centinelas, mas que suceda lo que quiera; que viva Cosme de Médicis ó muera, es preciso que Rugiero cese de existir... pudiera el anciano perdonarle en virtud de su juramento... y es lo mas seguro quitarle de enmedio, porque el sepulcro no dá vida á los muertos... El infierno ha vencido en la lucha... prolóngate por una hora, silencio mortal... hiere sin reflexionar, imbécil Landini... yo voy á fingir que lloro al lado de Médicis. (*Entrase en el cuarto de Cosme. Apenas se ha marchado, sale Lázaro con precaucion; su conmocion dá á entender que todo lo ha oido; corre á la puerta por donde se marchó Judael, y la halla cerrada. Abre con tiento la puerta del foro, como para cerciorarse de que no viene nadie; en seguida, como herido de una idea luminosa corre rápidamente al balcon del foro, le abre con violencia, saca el cuerpo y grita con voz entera y decidida.*) Arqueros de palacio, alerta!

La voz de arqueros. Arqueros de palacio, alerta! (*Mas lejos.*) Arqueros de palacio, alerta!

Lázaro. Judael, la señal de libertad llega hasta el fondo de los calabozos. (*Ultima voz de los centinelas.*) Ira Dios! he estado quince años sin hablar, porque sospechas que sé tu secreto, y una sola palabra me hubiera costado la vida. (*Con estasis é invocando al cielo.*) ¡Oh! Señor, tú has permitido que con una voz detenga á los asesinos de Rugiero... Protégeme, Señor, porque es llegado ya el dia de la venganza! (*Abrese la puerta del foro y aparecen los soldados enviados por Landini. Lázaro se vuelve al verlos y dirígese á ellos con resolucion, como diciendo:* «Vamos.»)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala baja del palacio de Médicis que precede y está contigua á los calabozos; su construccion figurará ser de piedra. Puerta grande al foro; á la derecha dos puertas, de las cuales la mas inmediata al proscenio tendrá verja; otra puerta lateral á la altura del primer bastidor de la izquierda; gran reja en el segundo bastidor del mismo lado.

ESCENA PRIMERA.

JUDAEL. LÁZARO. UN GUARDIA.

(*Judael en el proscenio; Lázaro en pié y arrimado á la reja; el guardia al lado de Judael.*)

Judael. (*Al guardia.*) Manda disponer una barca con dos remeros y cuatro soldados para llevar esta noche secretamente á Rugiero á los calabozos del arsenal. (*Vase el guardia por la izquierda.*) — Allí estará mas á mi disposicion y mas separado de este palacio.—(*A Lázaro.*) Qué tal, Lázaro? Ves alguien mas que la jóven en esa casa de enfrente?

Señal negativa de Lázaro.

Judael. (*Consigo mismo.*) Entonces estará Mateo todavía en palacio... cuál podrá ser el objeto de esa conferencia con el duque, que dura ya cerca de dos horas?—Oh! la muerte de Rugiero hubiera sido una prueba mas contra los amantes y el término de mis sobresaltos... Pero Landini, guiado por una fatal prevision, le dejó con vida.—Ahora que ha sabido

el restablecimiento de Médicis, asegura haber oido la voz de los centinelas, y yo no puedo decirle que miente, porque sería confesar que le habia tendido un lazo de que su astucia le ha libertado.

Lázaro que se le ha acercado, le tira de la capa y señala á la ventana.

Judael. No está ya sola la jóven?

Movimiento negativo de Lázaro.

Judael. (*Encaminándose á la ventana.*) Has visto entrar á su padre?

Seña afirmativa de Lázaro.

Judael. Sí; desde aquí se divisan. Una vez que Mateo se ha separado ya del duque, voy á ver si averiguo lo que ha pasado entre los dos. (*A Lázaro.*) Escucha, Lázaro, te he ofrecido darte libertad, y si te ves aun preso, es porque un acontecimiento que no está á tu alcance ha trastornado enteramente mis planes; de tal modo, que así como ayer necesité de tí para acusarte, ahora me conviene que continúes preso. No pierdas la esperanza sin embargo; te prometo que dentro de dos dias estarás libre, y hasta entonces lo pasarás aquí en vez de volver á tu calabozo... Acuérdate que me has prometido no contestar por señas á ninguna pregunta, aun cuando el que te la hiciese fuese el mismo duque de Médicis.

Movimiento de aprobacion de Lázaro.

Judael. Cumple tu promesa, y dentro de dos dias te cumpliré la mia. Corramos ahora á ver al duque. (*Al tiempo de marcharse por el foro aparece Landini.*)

ESCENA II.

JUDAEL. LANDINI. LÁZARO.

(*Lázaro va á sentarse en un escaño al lado de la reja.*)

Landini. Deteneos un momento, señor... os traigo buenas noticias.

Judael. Cuáles son?

Landini. Bien os decia yo esta mañana que además

de las pruebas que tenemos, no tardarian los amantes en proporcionarnos algunas mas.

Judael. Qué has descubierto?

Landini. La duquesa me ha mandado á llamar, y me ha ofrecido sus ricas alhajas si lograba facilitarla una cita en esta sala con el capitan Rugiero.

Judael. Habrás consentido?

Landini. Como ya os podeis figurar... pero no es eso solo... He visto además que un sargento de arqueros introducia con recato en una de estas salas bajas, á un pescador cuya barca está atracada en la orilla del Arno, casi en frente de palacio.

Judael. Luego proyectan la fuga de Rugiero?

Landini. Sin duda alguna... y nosotros lejos de oponernos...

Judael. Debemos prestarnos á ayudarlos, Landini.

Landini. Ya habrá medio despues de coger al capitan en el momento mismo de la evasion, y armar mucho ruido, y probar que su fuga habia sido concertada con la duquesa y favorecida por ella.

Judael. Nueva prueba en contra suya, Landini.

Landini. Y nueva fuerza á favor nuestro, Señor.

Judael. Bueno. Mira, yo habia mandado disponer una barca para trasportar al capitan á los calabozos del arsenal; ahora ordenaré que se escondan en ella los hombres que han de prenderle en el mismo rio. A qué hora ha de venir la duquesa?

Landini. En cuanto cierre la noche.

Judael. Ya empieza á oscurecer... date prisa y manda traer aquí á Rugiero.

Landini. Voy á obedeceros al punto; lo demás corre de vuestra cuenta.

Judael. Descuida, Landini. (*Vase Landini.*) Otra esperanza! Pero me engañará Landini? Oh! no me atrevo á fiarme de él desde que fingió haber oido el alerta de los centinelas... Quizás alucinado por las ofertas de la duquesa proyecte burlarse de mí y salvar á Rugiero... quizás el camino que me ha dicho no sea el que ha de tomar el capitan para fugarse.—Escucha, Lázaro, (*Señalando á Lázaro que se acerca á la puerta con verja del primer bastidor de la derecha.*) entra ahí; al través de esa verja podrás

ver y oir cuanto pase en esta sala sin que nadie te divise... Dentro de poco verás entrar un preso, y despues, una mujer que vendrá á buscarle... oirás con atencion lo que hablen y procurarás retenerlo en la memoria. (*Ap.*) Así podré cerciorarme del camino que la duquesa haya elegido para la evasion de su amante... Yo veré despues de hacerle esplicar por señas lo que haya oido. Me has entendido?

Lázaro hace seña de que sí, y vase por la puerta de la verja. Quédase Judael solo.

Judael. Voy á prepararlo todo, y á observar sin descanso cuanto haga Landini. (*Vase por la izquierda. Landini sale por el foro seguido de guardias entre los cuales viene Rugiero.*)

ESCENA III.

LANDINI. RUGIERO. GUARDIAS.

Landini. Sí, capitan, la duquesa ha obtenido permiso para que os saquen á esta sala donde os será mas llevadera vuestra prision.

Rugiero. Dad las gracias en mi nombre á la persona por cuya intercesion he salido de ese húmedo y oscuro calabozo, donde tan crueles horas he pasado.

Landini. Dejémosle solo. (*A los guardias.*) Venid. (*Vase con ellos.*)

ESCENA IV.

RUGIERO. *Poco despues* LÁZARO.

Rugiero. Ya estoy solo.—Veamos... quiero volver á leer este aviso misterioso que apenas he podido descifrar en la oscuridad de mi calabozo. (*Desdobla un papel y lee.*) «Judael ha jurado tu perdicion... Esta noche deben llevarte á la cárcel del Arsenal y quitarte allí la vida.—Dentro de dos dias habrá quien pueda darte auxilio... busca un medio de salvar tu vida hasta entonces.»—Judael quiere asesinarme!... pero quién me escribe esto?... (*Reparando en Lázaro.*) Gente aquí!

Lázaro. (*Acercándose á él.*) Y vamos, cómo piensas escaparte?

Rugiero. Qué es lo que dices?

Lázaro. Yo soy el que te ha arrojado ese papel por la tronera de tu calabozo.

Rugiero. (*Queriendo esconder el papel.*) Qué papel?

Lázaro. Oh! puedes fiarte en mí, Rugiero.

Rugiero. Pero quién eres tú?

Lázaro. Un preso.

Rugiero. Tu nombre?

Lázaro. Aquí me conocen por Lázaro el mudo; pero no te quiebres la cabeza por lo que á mí hace, ni digas á nadie que te he hablado, y escúchame. Judael no te acusa ya de robo... te acusa de ser el amante de la duquesa de Médicis.

Rugiero. Vil infamia!

Lázaro. Sí por cierto, es una vil infamia acusar á un hijo de ser el amante de su madre.

Rugiero. Qué dices?...

Lázaro. Todo lo sé; no te molestes en adivinar por qué razon, y díme si esperas poder sobornar á tus asesinos.

Rugiero. Con qué medios? Soy pobre.

Lázaro. Con promesas.

Rugiero. Se burlarán de ellas.

Lázaro. No tienes ningun amigo entre los oficiales de la cárcel de Estado?

Rugiero. Ninguno.

Lázaro. Maldita desgracia!

Rugiero. Ah! escucha... Sí, sí, probaré un medio.

Lázaro. Cual?

Rugiero. Para llevarme á la cárcel del Arsenal tienen que hacerme atravesar el Arno necesariamente?

Lázaro. Sí.

Rugiero. Entonces ruega á Dios que me favorezca.

Lázaro. Qué intentas?

Rugiero. Cuando niño fuí criado en Nápoles á orillas del mar, y solia hacer muchas leguas á nado, sin que ninguno de mis hábiles compañeros pudiese competir conmigo, ni sacarme la menor ventaja.— Al pasar el rio esta noche me dejaré caer del barco, y nadando entre dos aguas, engañaré á los re-

meros que, si Dios no me abandona, se afanarán en vano para sacarme; ganaré la orilla á favor de la oscuridad, y aunque sea á rastra conseguiré meterme por las calles escusadas de la ciudad, donde iré á esconderme vivo mientras Judael me cree ahogado en el rio.

Lázaro. Pero, y si la corriente te arrastra y te sofoca?—Y si te faltan las fuerzas?

Rugiero.. Dios decidirá.

Lázaro. Y si los arqueros te hacen fuego?

Rugiero. Dios decidirá, Lázaro.

Lázaro. No, no quiero que te espongas de ese modo.

Rugiero. Quieres que vaya á dejarme asesinar impunemente en los subterráneos del arsenal?

Lázaro. No.

Rugiero. Pues entonces qué quieres que haga?

Lázaro. Ni aun tengo ánimo para aconsejarte.

Rugiero. Yo tengo el suficiente para arrostrar el peligro: me has dicho que acusan á mi madre, y quiero vivir con la esperanza de justificarla ó vengarla algun dia.

Lázaro. Pero cómo sabré yo si tu muerte es cierta ó falsa, cuando la oiga publicar... Oh! yo no podré vivir con esa inquietud, Rugiero, porque no sabes cuánto es el cariño que te tengo.

Rugiero. (*Dándole la mano.*) Sí, lo sé porque te has espuesto por salvarme... y haré por lo mismo cuanto quieras; pero de qué medio nos valdremos?

Lázaro. (*Llevándole á la reja.*) Mira! conoces esa casa?

Rugiero. Es la de Mateo, mi padre.

Lázaro. Pues bien, necesito ver en ella una señal si te salvas.

Rugiero. Sí, Lázaro; si la mano del Señor me saca á salvo... ofrezco poner una luz, una tea, una cosa cualquiera encendida en esa ventana oscura que veo desde aquí, antes de abrazar á mi padre y á mi amada.

Lázaro. Bien, querido Rugiero; júramelo.

Rugiero. Lo juro.

Lázaro. Siento pasos. (*Corre á escuchar á la puerta.*)

Rugiero. Será Judael sin duda.

Lázaro. (*Atravesando la escena.*) Que no me vea aquí.

(*Abriendo la verja de la puerta de la derecha.*) Adios. No olvides la señal.

Rugiero. Lo he jurado... (*Cierra la puerta detrás de Lázaro.*) Quién será este hombre que es para mí la Providencia? (*Con recelo, viendo salir un guardia por la puerta de la izquierda.*) Vendrán ya á llevarme á la cárcel del Arsenal! (*Viendo salir á Cosme.*) El duque de Médicis! (*Cosme hace una seña de inteligencia al guardia que salió delante de él, y este se retira.*)

ESCENA V.

COSME. RUGIERO.

Cosme. (*Ap. con dolor.*) Julian Salviati, sé testigo desde el cielo de que yo tambien he sabido ser generoso. (*A Rugiero.*) Capitan Rugiero, huid... yo mismo vengo á libraros... (*Abre la puerta por donde acaba de salir.*)

Rugiero. A mí, señor duque?

Cosme. (*Con la mano en la puerta.*) A vos... Huid sin tardanza; el guardia que acaba de salir os guiará hasta la orilla del Arno, donde os espera una barca... atravesareis el rio, encontrareis á Mateo, vuestro padre adoptivo, que os facilitará los medios de salir sano y salvo de los estados toscanos... y os participará las razones que me obligan á obrar así, y el sagrado juramento á que debeis la vida... Marchad.

Rugiero. Pero no podré saber?...

Cosme. Os prohibo que me hagais ninguna pregunta.

Rugiero. Qué misterio! (*Ap.*) Oh, madre mia! (*Alto.*) Pero permitid al menos...

Cosme. (*Interrumpiéndole.*) Nada... al daros la libertad os impongo por condicion que os alejeis al punto y que calleis.

Rugiero. Obedezco, señor duque. (*Vase á una seña del duque: este cierra la puerta tras él.*)

ESCENA VI.

COSME. *Poco despues* LA DUQUESA.—*Desde esta escena hasta el final del acto deberá estar el teatro á oscuras.*

Cosme. (*Solo, con resignacion y amargura.*) Estais contentos, hermanos Salviati?... me asistia derecho y justicia para quitar la vida á vuestro hijo, y he reprimido mi justa saña. Oh! no es verdad que yo tambien acabo de daros una prueba de agradecimiento y valor?—No es verdad que yo tambien acabo de recibir una mortal herida en el corazon, y que como vosotros soy un mártir? (*Oyendo ruido.*) Pero quién viene hácia aquí?

Duquesa. (*Saliendo por la puerta del segundo bastidor de la derecha.*) Rugiero... soy yo... dónde estás?

Cosme. (*Reconociéndola y aparte.*) Adelaida! (*Se retira al foro.*)

Adelaida. No le veo!—Me habrán engañado?... (*Buscándole con inquietud, y viendo al duque.*) Gran Dios!—el duque de Médicis!

Cosme. Sí, el duque de Médicis, á quien habeis engañado vilmente, señora.

Adelaida. Qué oigo! sabeis...

Cosme. Todo lo sé; no es á vuestro juez á quien esperábais encontrar aquí, no: veníais á libertar á un jóven y á dirigirle palabras de cariño y consuelo; pero no contábais con entrar á oir vuestra sentencia.

Duquesa. Mi sentencia!

Cosme. Sí, en cuanto raye el dia saldreis del palacio de Médicis para siempre.

Duquesa. Me echais de vuestro lado!... Y Rugiero?

Cosme. Solo á Dios debo cuenta de mis proyectos, señora.

ESCENA VII.

DICHOS. JUDAEL.

Judael. (*Sale desalentado por la izquierda.*) Señor! (*Viendo á la duquesa.*) La duquesa aquí!

Cosme. Qué quieres?

Judael. Despues de haber recorrido todo palacio, me

han dicho que os habíais dirigido hácia aquí; vengo á deciros que he espiado los pasos de la duquesa, y habiendo descubierto que proyectaba la fuga de Rugiero, he apostado gente que se apodere de él y le conduzca á la cárcel del arsenal...

Duquesa. (*Ap.*) Qué es lo que dice?

Judael. De suerte, que á pesar de su temerario proyecto podremos juzgar en un mismo dia al amante y á la adúltera.

Duquesa. Adúltera... Justo cielo! (*Al duque.*) Oh! es imposible que vos hayais pensado eso nunca... No respondeis?—Ah! es una calumnia infame!

Cosme. Calumnia!—y vuestro retrato hallado en su casa, y vuestras citas nocturnas, son calumnias tambien?

Duquesa. No prosigais... Y sois vos, señor, el que me afrenta por sola la acusacion de ese hombre? Oh! echadme de vuestro lado, repudiadme, sí; mas no porque haya sido nunca la amada de Rugiero, sino porque os he engañado—él no es culpable... Os he engañado, señor, porque nuestro casamiento debia salvar á mi padre, y temí que mi revelacion os retrajese de vuestro proyecto de enlace... castigadme, pero sed justo y dad la libertad á Rugiero!

Judael. (*Con intencion.*) Dad la libertad á Rugiero!

Duquesa. (*Con fuerza.*) Sí, hombre cruel, porque Rugiero no es mi amante. Soy su madre.

Cosme. Su madre!

Judael. Su madre!

Duquesa. (*Dejándose caer de rodillas.*) Ya veis, señor, que es inocente del crímen de Adelaida Pazzi.

Cosme. Vos su madre!... Y su padre fué Julian Salviati?

Duquesa. Julian Salviati, que murió por vos, señor...

Cosme. Sí, muerto por mi causa... Y sabeis vos ahora la promesa que hice á Salviati cuando se hallaba moribundo entre mis brazos?... le juré adoptar á su hijo, y tomar por esposa á la que él habia amado.

Duquesa. (*Levantándose.*) Ah!

Cosme. Durante quince años he buscado á esa mujer por todas partes... y cuando al cabo de ese tiempo me he visto obligado á contraer un enlace para con-

cluir con la guerra civil, la divina Providencia me ha dado por esposa la viuda de Salviati; y cuando la pobre madre se sacrificaba por su hijo, yo, ciego é inhumano... Oh! perdóname, Adelaida!—Perdona la ofensa que te he hecho, esposa amada!

Duquesa. (*Arrojándose desolada en sus brazos.*) Ah! señor...

Cosme. (*Estrechándola entre sus brazos.*) Oh! bien te decia yo que no era culpable, Judael!

Judael. (*Ap.*) El infierno se ha conjurado contra mí.

Cosme. (*A Adelaida.*) No es verdad que me perdonas?

Duquesa. Oh! Soy demasiado feliz ahora para acordarme de lo pasado.

ESCENA VIII.

DICHOS. LANDINI.

Landini. (*Sale por el foro.*) Señor duque, el capitan Rugiero...

Cosme. (*Interrumpiéndole.*) Es mi hijo... el de la duquesa Adelaida... ponedle inmediatamente en libertad... yo lo mando.

Landini. Despues de haber hecho resistencia á los arqueros que le han preso en una barca al tiempo de fugarse, se ha precipitado en el rio, sin que se le haya visto aparecer en ninguna de las orillas del Arno.

Duquesa. (*Asustada.*) Mi hijo!

Cosme. Volad á su socorro... quizás sea tiempo de salvarle todavía.—Landini, Judael, corramos todos. (*Los lleva tras sí hácia la puerta del foro.*)

Duquesa. (*Corriendo á ellos.*) Ah! quiero acompañaros.

Cosme. (*Deteniéndola.*) No, no; quedaos, duquesa... A los hombres toca el peligro; á las mujeres rogar á Dios!... Volemos á su socorro... pronto... no hay que perder tiempo. (*Vase precipitadamente llevándose á los dos. Apenas acaban de marcharse abre Lázaro la puerta de la izquierda y se presenta.*)

ESCENA IX.

ADELAIDA. LÁZARO.

Duquesa. (*Con frenesí.*) Hijo mio! querido hijo! Oh! tal vez haya perecido! en vano es detenerme, quiero saber yo misma...

Lázaro. (*Cerrándole el paso.*) Rugiero no ha muerto, señora.

Duquesa. Qué decís?

Lázaro. Que ha debido tocar en la orilla del rio antes que los arqueros... y deslizarse á favor de la oscuridad hasta la calle vecina que le conducirá á casa de su padre Mateo.

Duquesa. (*Con inquietud y desconsuelo.*) Pero por qué recurrir á esa arriesgada tentativa?

Lázaro. Para que le den por muerto y sustraerse del puñal de Judael.

Duquesa. Oh! no me engañais?

Lázaro. Os digo la verdad, señora.

Duquesa. (*Con ansiedad.*) Y esperais que Rugiero se salve de tan terrible riesgo?

Lázaro. (*Con prontitud.*) Como lo esperaba, señora, cuando hace quince años me encomendásteis su salvacion en la taberna de Jacobo, y vuestro hijo se libró del furor de vuestros enemigos yendo oculto bajo la capa de Lázaro.

Duquesa. Lázaro!

Lázaro. (*Inclinándose ante ella.*) Esposa ó amada de mi hermano, la bendicion del cielo te acompañe, hermana mia.

Duquesa. (*Corriendo á él.*) Rafael!... eres tú? tú, hermano mio en esa espantosa miseria!

Lázaro. Esta miseria, amada hermana, me ha servido hasta ahora para salvar á Rugiero.

Duquesa. Y eres tú su salvador?... tú, preso!... Ven, Rafael, quiero llamarlos á todos y decirles...

Lázaro. Deteneos, hermana mia, y alejaos de mi lado sin dar lugar á que nadie sospeche nuestra entrevista... porque hace quince años que me creen mudo en esta cárcel maldita... y si supiesen que he hablado, tal vez nos alcanzaria pronto la muerte á los

dos... Alejaos!... La mano de Dios nos guia en medio de tan terribles y misteriosos sucesos... Dejemos obrar á la Providencia, y no aventuremos la vida de los que nos son caros por satisfacer un deseo de venganza.

Duquesa. No esperes que me separe de tí, Rafael.

Lázaro. Vuestra presencia aqui por mas tiempo, nos sería quizá fatal.

Duquesa. Entonces me retiro... pero cuándo te volveré á ver?

Lázaro. Mañana.

Duquesa. Dónde?

Lázaro. En los salones de palacio... (*La duquesa va á marcharse y se detiene de repente.*) Qué aguardais?

Duquesa. Pienso que te debo tanto... y que ni aun te he dado un abrazo, Rafael.

Lázaro (*Corriendo á ella con los brazos abiertos.*) Ah! hermana mia!

Duquesa. Rafael!... (*Desprendiéndose de sus brazos.*) Adios!

Lázaro. Hasta mañana, amada hermana. (*Vase Adelaida por la puerta del segundo bastidor de la derecha.*)

ESCENA X.

LÁZARO, *solo, corre á la ventana.*

Y la señal!... todavía no se divisa nada... Dios mio, he hablado con la esperanza de que no apartarias de nosotros tu infinita bondad, y si la señal no apareciese... Ya me parece que tardo en divisarla... Rugiero debe estar muerto ó salvo á estas horas... He dicho á la madre que su hijo vivia... y si la hubiese engañado... Oh! Señor, nos le conservareis, no es verdad?... Vamos, Rafael, ten confianza; acaso se haya visto obligado á hacer un gran rodeo para llegar á casa de Mateo; acaso se halle en este momento próximo á la puerta... Oh! es en vano que busque razones para tranquilizarme... la zozobra me mata... Oh! aparece, aparece, señal ansiada! (*Apóyase contra los hierros de la reja. A este tiempo sale Cosme buscando á alguno con la vista.*)

ESCENA XI.

COSME. LÁZARO.

Cosme. Adelaida!... no está ya aqui... qué la diré, Dios mio?... Pobre Rugiero! ni el menor vestigio...

Lázaro. (*Reparando en él, y aparte.*) El duque de Médicis!

Cosme. Pero dónde estará? Oh! lo temo todo de su desesperacion. (*Viendo á Lázaro.*) Has visto salir de esta sala á la duquesa?

Lázaro. Sí, señor.

Cosme. Desolada y fuera de sí, no es verdad?

Lázaro. No, señor; cuando salió de aquí llevaba la esperanza en el alma, y habia enjugado su llanto.

Cosme. Pobre Adelaida! Oh! no me atrevo á ir á desengañarla, porque voy á darla un golpe mortal.

Lázaro. No, no vayais, señor.

Cosme. (*Observándole con asombro.*) Pero qué veo? no eres tú el mudo de esta mañana?

Lázaro. El mismo que ha sabido burlar la suspicacia del gobernador Judael y los arqueros.

Cosme. Esta mañana me sentia movido de compasion hácia tí... (*Se encamina hácia la puerta de la derecha.*)

Lázaro. (*Ap.*) Cómo detenerle para que no hable á la duquesa!

Cosme. Pero ya no te tengo lástima; tu infortunio era una mentira grosera. (*Cerca de la puerta.*)

Lázaro. (*Alzando la voz.*) Mentira que dura desde la funesta noche que pasé en la taberna de Santa María.

Cosme. (*Volviéndose despues de haber abierto la puerta para marcharse.*) En la taberna de Santa María!

Lázaro. Dicha fué vuestra el haber entrado en ella durante el dia; pero cuando llegó la noche...

Cosme. Qué sucedió? (*Acercándose.*) Acaba.

Lázaro. Oh! es una historia muy larga; pero hareis bien en oirla, señor duque... porque vuestra esposa espera llena de confianza, y vuestra ausencia prolongará sus esperanzas... (*Ap.*) Y todavía no parece la señal!

Cosme. Qué es lo que pasó en aquella taberna, dí?

Lázaro. No bien habíais salido vos, entré yo en ella, y encontré á Jacobo el tabernero en presa de mortales congojas producidas por un veneno... Jacobo moribundo me reveló que moria envenenado por un hombre que le habia ofrecido aquel mismo dia una crecida suma por la muerte de otro. Horrorizado con aquella declaracion, juré vengar, no á Jacobo, sino al desgraciado que habia sido víctima suyo... y á los pocos instantes sentí apoderarse de mí la agonía de la muerte, y caí sin sentido porque tambien yo estaba envenenado...

Cosme. Prosigue.

Lázaro. Cuando volví en mi acuerdo, me hallé tendido sobre las losas de un calabozo, y oí un confuso rumor de voces que zumbaban á mi alrededor; durante algunos instantes no pude percibir lo que cerca de mí se hablaba, pero poco á poco fuí coordinando mis ideas, y logré entender á uno que decia: Si vuelve en sí, averiguad si es sabedor del secreto de Jacobo, y quitadle de enmedio en dejándolo sospechar siquiera... Contestóle á esto otra voz, que llevaban dos dias cansados en hacerme preguntas sin fruto, y que era probable que el veneno me hubiese paralizado la lengua... Aquella palabra me dió la vida, porque mi obstinado silencio llegó á persuadir á mis carceleros de la certeza de sus sospechas; y así han dejado vivir quince años al pobre mudo, á quien hubieran muerto sin misericordia si hubiese pronunciado una sola palabra. Pero Lázaro, confiado en Dios, se decidió á ser mudo como la tumba hasta que llegase el terrible dia de la resurreccion y de la venganza.

Cosme. Y es llegado ese dia?

Lázaro. Todavía no, señor duque. (*Con desesperacion.*) Pero la señal no aparece! Ah! empiezo á perder todas las esperanzas!

Cosme. Qué quieres decir?

Lázaro. Nada, señor, nada... No quiero ya consuelo ni venganza... no quiero sino morir olvidado del cielo y de la tierra.

Cosme. Pero, por qué?

Lázaro. (*Con fuerza.*) Por qué? porque esa casa, de la

cual no aparto mis miradas, continúa oscura y desierta, y esa oscuridad es la desesperacion de una madre y la muerte de un hijo... porque acabo de perder quince años de martirios, porque el cielo es injusto y... (*Quédase como petrificado.*) Ah! no, no, perdonadme, Dios mio, he blasfemado... Creo ver... (*Con ansiedad.*) Es ilusion? (*Corre á la ventana.*) No, no, es la luz. (*Arrastra al duque hasta cerca de la ventana.*) Mirad, señor, mirad, (*Enagenado.*) esa casa de enfrente acaba de iluminarse, no es verdad?

Cosme. Sí; han puesto una luz cerca de la ventana.

Lázaro. (*Cayendo de rodillas y juntando las manos.*) Gracias, Dios mio, gracias.

Cosme. Y qué significa esa señal?

Lázaro. Que Rugiero se ha salvado, señor duque.

Cosme. Qué dices?

Lázaro. Se ha salvado... os lo juro.

Cosme. (*Cogiéndole fuera de sí, y haciéndole bajar precipitadamente al proscenio.*) El, Rugiero, mi hijo salvado!... (*Deteniéndose de pronto.*) Pero quién eres tú?

Lázaro. Quién soy? Tan cambiado estoy por quince años de sufrimientos?... Quién soy! de los cinco hijos del labrador, vive uno todavía, duque de Médicis.

Cosme. De los cinco hermanos Salviati?

Lázaro. El mayor no murió por el veneno que le dieron en la taberna de Santa Maria.

Cosme. Rafael?

Lázaro. (*Tendiéndole los brazos.*) Sí, Rafael, padre mio, Rafael.

Cosme. (*Arrojándose en sus brazos despues de una ligera pausa en que le mira de alto á bajo.*) Ah! hijo mio!

Lázaro. Oh! padre! padre amado!

Cosme. (*Con sensibilidad.*) Y no he sabido reconocerte!... y vivia aun uno de mis libertadores!... sepultado en una prision... sufriendo sin ser vengado!

Lázaro. (*Desprendiéndose.*) Dios me tenia reservada la recompensa; he salvado á Rugiero.

Cosme. Ven, salgamos de aquí; mañana serás vengado; ven sin tardanza á anunciar tú mismo á Adelaida

Pazzi la salvacion de su hijo... Ven á recibir las bendiciones de la pobre madre. (*Va á encaminarse á la puerta.*)

Lázaro. (*Deteniéndole.*) Una palabra antes, señor duque.

Cosme. Habla.

Lázaro. Quereis saber el nombre de la víctima asesinada por Jacobo el tabernero?

Cosme. Cuál es?

Lázaro. Antonio de Médicis, vuestro hermano.

Cosme. Antonio!

Lázaro. Y quereis saber ahora el nombre del que pagó á Jacobo el asesinato de vuestro hermano?

Cosme. Ah! Sí, pronto!

Lázaro. Judael de Médicis, vuestro primo.

Cosme. (*Aterrado.*) Judael! Ah! su sangre toda no bastará á satisfacer mi venganza. Vamos. (*Vanse.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Otro salon del palacio de Médicis. Este salon debe ser de forma octógona, y estará todo él colgado de tapices. Ventana en el primer bastidor de la derecha; en el de la izquierda, puerta lateral.

ESCENA PRIMERA.

LA DUQUESA *sola al lado de la ventana. Poco despues* RUGIERO.

Duquesa. Ha pasado la hora y Rugiero no viene... Mateo me prometió sin embargo manifestarle mi inquietud... quién sabe si á pesar de sus sabias reflexiones... siento pasos!... él es!

Rugiero (*Sale levantando el tapiz del segundo bastidor de la derecha.*) Madre mia!

Duquesa Rugiero!... libre, con vida!

Rugiero. (*Temeroso.*) Estamos solos?

Duquesa. Desecha el temor.

Rugiero. Ya lo veis, madre mia... he salido con bien de los riesgos que me amenazaban.—Mateo me ha dicho que solamente mi presencia os convencería de que estaba salvo... he tomado sin vacilar el camino secreto que me ha designado, y ahora que os quedais convencida y tranquila importa que me ausente con igual precaucion que he venido.

Duquesa. No me dejes tan pronto, Rugiero mio.

Rugiero. Y si me descubren y nos encuentran juntos?... Sabed, madre mia, que el infame Judael ha osado decir que soy vuestro amante... Oh! pero no temais; yo sabré libraros á favor de mi muerte supuesta, y

con la ayuda de Dios, que será justo, del hombre que se atreveria á infamaros á los ojos de toda la Toscana.

Duquesa. Si tal intentase, podria yo desmentirle públicamente.

Rugiero Y cómo? publicando mi origen, dando vos misma á conocer vuestra deshonra para evitar que ese hombre atentase contra vuestro honor. No, madre mia, todo el mundo me cree muerto, gracias á Judael, y cuando logre libraros de su rencor, nadie acusará ni al amante de haber querido vengar á su amada, ni al hijo de haber lidiado por la honra de su madre... buscarán á su victorioso adversario entre los vivos, porque á mí me creen muerto, madre mia.

Duquesa. Oh! hijo mio, posees el alma y el noble corazon de tu padre! Pero sabes lo que yo mandaría á Judael si entrase ahora aquí y nos hallase juntos?

Rugiero. Qué, madre mia?

Duquesa. Le ordenaria como duquesa de Médicis que saludase humildemente al hijo de Julian Salviati.

Rugiero. (*Atemorizado.*) Qué osais decir? si os oyesen!...

Duquesa. (*Alzando la voz.*) Oh! no tengo ya que temer á espías ni á traidores... la pobre madre que tanto ha sufrido en silencio, puede decirte alborozada ahora; alza con orgullo la frente, hijo mio; porque estás aquí en el palacio de tu madre, donde tienes derecho de mandar y quizás tambien de castigar á Judael.

Rugiero Qué decís?

Duquesa. Sí, Rugiero, y puedo decir tambien... mira cuánta es la bondad de la Providencia... puedo decir presentándote á los heraldos y criados del palacio de Médicis: vasallos, saludad á mi hijo...

Rugiero. Seria una locura, madre mia.

Duquesa. No será sino justicia... y desde hoy podrás decir á todos estrechándote contra tu pecho. Soy el protector de Adelaida Pazzi; inclinaos y respetad á mi madre.

Lázaro que ha levantado uno de los tapizes de la izquierda, sale y se detiene en el foro.

Rugiero. Qué oigo!... podré decir quién es mi madre, declararme su defensor y retar públicamente á Judael! Oh! se me figura un sueño: no me atrevo á creer en tanta dicha... decidme, decidme, madre mia, que es verdad lo que me pasa.

Lázaro. (*Acercándose.*) Verdad es, Rugiero.

Rugiero. (*Volviéndose.*) Lázaro aquí!

Duquesa. No se llama ya Lázaro, sino Rafael Salviati.

Rugiero. (*Corriendo á él.*) El hermano de Julian, mi padre!

Lázaro. Sí, Rugiero... pero reprime por un instante aun las muestras de tu cariño, ahoga en tu pecho la alegría que quiere hacerte traicion saliendo al rostro, porque la hora en que estamos debe ser para nosotros la decisiva, y en ella hemos de conseguir nuestra venganza. (*A la duquesa.*) Judael acaba de llegar á palacio, señora... segun habíamos previsto se ha apresurado á preguntar á los guardias dónde estaba Lázaro, y ellos le han dicho que me hallaba solo en esta sala. Va á venir á buscarme sin tardanza.

Duquesa. Ven, Rugiero, ven.

Rugiero. Qué intentais hacer?

Duquesa. Ven y te confiaré todos nuestros proyectos.

Lázaro. Os espero á la hora señalada.

Duquesa. No faltará ninguno. (*A Rugiero.*) Vamos, hijo mio. (*Vanse con presteza levantando el tapiz de la izquierda.*)

ESCENA II.

LÁZARO. *Momentos despues* JUDAEL.

Lázaro. Judael cree que el duque me ha mandado traer á palacio para interrogarme, y quiere apresurar mi fuga, porque mis respuestas pudieran inducir sospechas sobre él... quiere alejarme de aquí por prudencia... y quién sabe si mandarme matar á corta distancia de aquí, quizás tambien por prudencia... pero espero con el auxilio de Dios que no lo logre... Sabré engañarle ahora?... no advertirá la alegría y la esperanza retratadas en mi semblante?... Oh! no, la alegría no es bastante para hacerme olvidar mis padecimientos... Vuelvo á recobrar mi resignacion

y mi odio! Aquí se acerca Judael.—Seamos por última vez Lázaro el mudo!

Judael. (*Saliendo por detrás del tapiz de la derecha.*) Lázaro!... aquí está... (*Se acerca.*) Te ha mandado venir el duque?

Seña afirmativa de Lázaro.

Judael. Te ha hecho muchas preguntas?

La misma seña.

Judael. Pero no me habrás descubierto?

Seña negativa de Lázaro.

Judael. Bien está.—Te ha dejado solo aquí?

Seña afirmativa.

Judael. Pero le estás esperando, piensa volver?

La misma seña.

Judael. Puedes dar gracias á Dios de que el duque te haya hecho traer á palacio; porque así ya no tengo que responder de un preso que él mismo ha mandado sacar de su calabozo, y quiero aprovecharme de su imprudencia para dar lugar á tu evasion, y cumplirte la palabra que te tengo dada; pero á fin de asegurar bien tu fuga y de que puedas volver á ser cogido antes de que salgas de Toscana... es preciso que sigas exactamente el camino que voy á indicarte, en el cual encontrarás quien te proteja.

Lázaro le escucha con mucha atencion.

Judael. Vas á salir por esa puerta: (*Señalando á la puerta del primer plano de la izquierda.*) bajarás por la gran escalera de mármol, al pie de la cual encontrarás á Landini, que te dará una capa, te facilitará la salida de palacio y te acompañará hasta la ciudad de Pisa: allí encontrarás un traginero, que te llevará hasta la frontera... y en viéndote libre en aquel punto, pásate á Francia, donde no te escasearé mis beneficios.

Lázaro le dá las gracias por señas.

Judael. Anda, Landini te espera.—Buena suerte, Lázaro; anda y sé dichoso; olvida á Florencia y sus prisiones; no vuelvas á poner el pie en Toscana, y sobre todo, no intentes revelar nunca lo que has visto ú oido, porque te acarrearía mil desgracias. Pero tu dolencia me responde de tu sigilo, y no necesito recomendarte el silencio.

Lázaro. Y si yo no quisiese guardarle, miserable!... (*Judael espantado retrocede muchos pasos. Despues de un momento de silencio, saca la espada y se arroja sobre Lázaro; este saca la suya que llevaba oculta.*) Oh! no te temo! yo tambien estoy armado!... Pero no creas que voy á batirme contigo... estaba seguro de matarte... Además, un Salviati jamás se ha batido contra un hombre solo.

Judael. (*Confundido.*) Salviati!

Lázaro. Sí, Rafael Salviati, que recibió el último suspiro de Jacobo, á quien tú pagaste el asesinato de Antonio de Médicis, pariente tuyo.

Judael. Eras tú?

Lázaro. Y el que dió la voz de alerta á los centinelas para salvar á Rugiero, que debia ser asesinado por órden tuya, fuí yo tambien, Judael.

Judael. (*Trémulo.*) Y qué es lo que quieres ahora?

Lázaro. Vengarme de quince años de penalidades.

Judael. Cómo?

Lázaro. Entregándote á los tribunales de Florencia.

Judael. Pero dónde están tus pruebas?

Lázaro. Mis pruebas?...

Judael. (*Con esperanza.*) No las tienes.

Lázaro. Yo encontraré.

Judael. Cuáles?... tu testimonio? El que acusa no puede ser testigo... para sentenciar á un hombre á muerte son necesarias pruebas... Sabes que hice asesinar á Antonio; pero Jacobo que fué el que le hirió, está enterrado hace quince años en el cementerio de Fiesole... Sabes que mandé matar á Rugiero; pero Landini, que es mi único cómplice, no lo declarará, porque se perderia él al propio tiempo... A quién has de recurrir?... no respondes?... Créeme, Lázaro, es peligroso acusar sin pruebas, y mas te conviene callar y alejarte.

Lázaro. Y mi venganza?

Judael. Pero qué es lo que esperas?

Lázaro. Quiero entablar una acusacion pública contra tí, aunque perezca en la demanda.

Judael. Te costará la vida.

Lázaro. Quiero obligarte á comparecer delante de un tribunal.

Judael. Desafio á cualquier tribunal que sea.

Lázaro. Le desafias? Pues bien, desafíalo ahora. (*Dice estas palabras alzando la voz. Descórrense á este tiempo los tapices del foro, y descúbrese el tribunal reunido bajo la presidencia de Cosme de Médicis, que está en pie delante de los demás jueces, y apoyado en la duquesa de Médicis, que se halla á su izquierda. A pocos pasos de ellos y á la derecha se verá el verdugo.*)

Judael. (*Aterrado.*) Traicion! (*Corre hácia la puerta de la izquierda para huir; Rugiero aparece con la espada en la mano, y le cierra el paso. Judael se pára anonadado.*)

Rugiero, Venganza! (*Cosme hace una seña al verdugo, que pone la mano sobre Judael.*)

Lázaro. (*Señalando al cielo.*) Justicia!

FIN DEL DRAMA.

3 0112 115883883